

Manuel Gallegos Naranjo.

HAZ BIEN, SIN
MIRAR A QUIEN

22

→ NOVELA SOCIAL ←



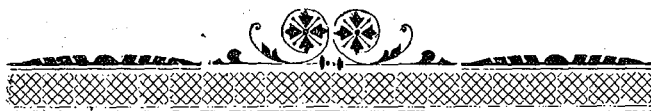
GUAYAQUIL.

Imp. y Lit. de El Comercio.

1910



Manuel Gallegòs Naranjo.



Haz bien sin mirar á quien.

I.

Real hembra

EN 1880, en Guayaquil, Lorenza Pérez, á la edad de veintidos años, era llamada con acierto, *Real hembra*, por sus formas esculturales y la extraordinaria belleza de su rostro.

Para una persona de buen gusto, era un encanto. Para un poeta, una divinidad.

Pero, Lorenza, carecía de educación y de instrucción. Su padre, Jerónimo Pérez, sacristán de la iglesia del Sagrario, no había podido educarla, ni instruirla, por dos razones: primera, porque no es posible dar lo que no se tiene; y segunda, porque su salario apenas le bastaba para los gastos indispensables de su hogar, habitado por él, su hija y una tía, octogenaria.

Lorenza leía mal y escribía sin ortografía. La Gramática, Aritmética, Geografía é Historia que le habían enseñado, cuando era niña, en una escuela municipal, habían desaparecido de su memoria.

En cambio, guisaba y lavaba regularmente; cosía á la perfección y confeccionaba un traje con exquisito gusto.

Sus vestidos, de tela barata, casi todos eran blancos, adornados con cintas de colores.

Su peinado, primorosamente arreglado á la moda, dábele á toda su persona el aspecto de señorita de alta clase social.

La frase de *real hembra* que había llegado á sus oídos, lanzada por los jóvenes que se detenían en las esquinas de las calles para verla pasar, le era grata: llenábale de satisfacción.

Una mañana, mirándose al espejo y arreglándose el tocado, decía para sí:

—Mi papá no quiere que yo me case con persona noble, ni rica; porque soy pobre y de humilde clase.....Bah! mi papá no ha tomado en cuenta mi belleza! Y, bien; no deseo esposo rico; me bastará que sea noble, que me ponga en contacto con personas de alta clase. Después..... allá veremos lo que el porvenir nos reserva, acariciados por la caprichosa fortuna!

Dióse la última mano en el tocado, dejó el espejo y se sentó en una hamaca.

—Ah!—continuó diciendo para sí;—¿quién será el joven que me miraba anoche en la iglesia, con tanta atención? Me agradó su figura; viste con elegancia; me ha sido simpático.....Oh! es muy probable que esta noche lo vea nuevamente en la iglesia. Es el último día de la novena.

—Lorenza!—dijo la tía, llamándola desde el tabladillo.

—Mande, tía, ¿qué se le ofrece?

—Aquí está un muchacho que pregunta por tí.

Lorenza llegó al tabladillo y díjole al chico:

—¿Preguntas por mí?

—Sí, niña;—y le entregó un pequeño sobre cerrado, diciéndole:—el caballero que está parado en la esquina de la calle, le manda este papel.

Lorenza tomó el sobre, y sin abrirlo se dirigió á la persiana y se asomó.

En la esquina de la calle estaba parado el joven que le había remitido el papel. Este, al verla con el sobre en la mano, la saludó, quitán-

dose el sombrero, dió media vuelta y desapareció, dejando la calle de "Sucre" y tomando la de "Chanduy".

—El es—dijo Lorenza; y viendo que se había marchado, regresó al tabladillo para hablar con el muchacho. Pero el muchacho también se había marchado.

Lorenza regresó á la hamaca; se sentó, sacó el papel del sobre, lo desdobló y leyó la firma:

—*Próspero Cervantes*. Ah! Se llama Próspero, ésta no es carta; son versos.....—y comenzó á leer la composición siguiente:

CON TRAJE BLANCO.

Así te ví una vez; ¡qué linda estabas!
 Como un querube del hogar excelso!
 Como blanca paloma arrulladora!
 Como un delirio del amor supremo!

Como ilusión de un alma enamorada
 Que va del corazón al pensamiento!
 Como una dulce claridad de aurora
 Rasgando ufana de la noche el velo!

Cual reguero de estrellas luminosas
 Decorando azulado firmamento!
 Como lluvia de rosas y azucenas
 Alfombrando de amor grato recuerdo!

Así te ví una vez! Tu blanco traje,
 Realzando el brillo de tus ojos bellos;
 Y de tu boca los preciosos labios
 Enrojecidos, provocando besos!

Así te ví una vez; y tu albo traje
 Me trajo á la memoria, sin esfuerzo,
 De tu inocencia el expresivo emblema;
 De tu virtud el vívido reflejo!

Así te ví una vez; y desde entonces
 Te siento cariñosa dentro el pecho;

Como aurora feliz, germinadora
De las dulzuras de mi amor inmenso!

Próspero Cervantes.

Terminada la lectura, exclamó entusiasmada, pero en voz baja:

—Lindos, preciosos versos. ¡Oh! esta noche iré á la novena, más temprano, para ocupar el mismo lugar. El, se colocará en el mismo sitio; se cruzarán nuestras miradas; y.....*me sentiré más cariñosa dentro de su pecho.*

Llegada la noche, Lorenza y su tía acudieron temprano á la iglesia y pudieron ocupar el sitio en donde habían estado el día anterior.

Poco después, la concurrencia era numerosa; pero entre los grupos de jóvenes que ocupaban la pared izquierda, Próspero no estaba.

—¿Qué le habrá pasado?—se preguntaba, mentalmente;—¿por qué no habrá venido?

Próspero no había concurrido al templo. Citado por el Jefe de la casa de comercio en que estaba empleado, para que fuese por la noche á trabajar al escritorio, acudió al almacén.

Al cumplimiento del deber, dábale importancia del precepto sagrado y por educación y carácter, Próspero era persona incorruptible.

Las horas restantes de la noche, hasta que tomó la cama para dormirse, Lorenza las pasó inquieta, nerviosa, casi febricitante.

Puesta su cabeza sobre la almohada, avivósele el deseo de saber qué clase de persona era Próspero, y dábale vueltas y más vueltas al pensamiento, buscando los medios de satisfacer, lo más pronto posible su curiosidad.

De repente exclamó:

—Ya dí! Ya dí! Mañana es domingo, día de misa; pudiera suceder que lo vea en la iglesia.

Halagada con esta esperanza, se durmió.

En efecto; al día siguiente, cuando ne terminó la misa y salió de la iglesia con su tía, en la esquina de la calle por donde tenían que pasar, estaban, Próspero Cervantes y Alejo Mendizábal conversando amigablemente.

Mendizábal, casado hacía dos años con Marcelina Pérez, era cuñado de Lorenza.

Al aproximarse las damas, Próspero se quitó el sombrero y las saludó respetuosamente.

Contestáronle con una inclinación de cabeza.

Alejo le dió la mano á la anciana, diciéndole:

—Cuanto gusto de verla, señora!

—Gracias, Alejo!

—Y tu, cuñadita, ¿cómo estás?

—Yo?.....—y miró á Próspero, como para indicarle que su respuesta era para él;—pues, no muy bien! Anoche salí de la iglesia, un poco mal!

—¿Un poco mal?.....

—Sí; me sentí contrariada, esperando inútilmente á una amiga.....

—Bah! Contrariada! Los nervios, cuñada, los nervios! Pero, ya te sientes bien, ¿es verdad?

Lorenza se sonrió y díjole:

—Anda por casa á las once; almorzarás con nosotras.

—Con el mayor gusto; á las once estaré por allá.

—Entonces hasta luego!

Despidiéronse de Próspero con una inclinación de cabeza; diéronle la mano á Mendizábal y se retiraron.

—Y, bien; qué te ha parecido mi cuñada? real hembra, es verdad?

—¡Oh! bellísima; una divinidad; una diosa!

—Cáspita! Con cuanto entusiasmo te expresas, poeta!

—La verdad, Alejo, la verdad.

—Ya lo creo; y con más razón, cuando..... mira; me pareció que Lorenza te miró varias veces con ojitos dulces.

—Te pareció, eh? Pues, llévame á su casa y preséntame á su familia. Repararás así la distracción que acabas de cometer, no presentándome á ellas.

—Ciertol! Se me olvidó! Pero oye; me es difícil presentarte á su familia. El papá no recibe en su casa visitas de hombres.

—¡Qué cosa más rara! ¿Acaso el papá no quiere que su hija se case?

—Nó, no es eso; si supieras el trabajo que me costó casarme con Marcelina! Para que consintiese, tuve que probarle, de mil maneras, que yo no era noble!

—Ah! Su padre no quiere casarla con persona noble?

—Eso es lo cierto!

—Entonces, debo ser aceptado, porque yo no soy noble.

—¿Qué estás diciendo, Próspero? Eres noble y muy noble; tus apellidos lo comprueban.

—Bah! En la América, hablar de nobleza es bobera. Nobles son los ricos y yo soy persona pobre. No poseo otra cosa que trescientos pesos mensuales, como tenedor de libros de una casa de comercio.

—Bonito sueldo! Yo, como Capitán de Artillería, sólo gano al mes 90 pesos y vivo dichoso!

—Además, estoy muy enamorado de Lorenza. Sinó me caso con ella, resuelvo quedarme soltero!

—¡Cómo! Acabas de conocerla y ya reflexionas de ese modo?

—Cá!.....Hace mucho tiempo que la conozco...
.....Hace mucho tiempo que le remití unos versos.....

—Hola! Yo ignoraba todo eso. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Hará cosa de dos días.

—Dos días! ¿Y llamas á eso mucho tiempo?

—Sin duda alguna: mi corazón cuenta el tiempo á su modo: cada minuto es un siglo; cada hora es una eternidad!

—Bueno, bueno, poeta! Voy á darte una prueba de mi estimación. Te voy á proporcionar una entrevista con ella.

—¿En dónde?

—En mi casa, el domingo, á las 3 de la tarde. Primero te presentaré á mi esposa y luego á mi cuñada.

—¡Magnífico! Aceptado y gracias!

Despidiéronse y se separaron.

Próspero se dirigió á su casa, calle del "Malecón." Mendizábal á la de Lorenza, calle de "Sucre."

Ya hemos dicho que al Capitán le costó trabajo casarse con Marcelina. El señor Pérez decía que la desigualdad de clases en los matrimonios, originaba futuras desgracias. Pero al fin consintió, porque el Capitán pertenecía á humilde clase social.

Mendizábal no estuvo nunca en colegios. Cuando muchacho concurrió á varias escuelas municipales, en donde aprendió medianamente á leer, escribir y contar. Después, todo lo que aprendió se lo debía á su propio esfuerzo.

Dotado de gran memoria, carácter alegre y buena índole, á la edad de veinte años entró de amanuense en una biblioteca, y fué allí en donde leyendo libros y periódicos, aprendió un poco de Geografía, algo de Historia y bastante de táctica militar, cuyo estudio lo llevó á la carrera de las armas. A la edad de veinticuatro años, sentó plaza de Alférez, en la Brigada de Artillería. Seis años después, contando algunas acciones de guerra, obtuvo el grado de Capitán.

A raíz de su nuevo grado, casóse con Marcelina, y hacía dos años que se juzgaba hombre dichoso.

Tratándose de su carrera militar, cada vez que refería sus proezas, se presentaba más valiente que el Gran Capitán General Ignacio de Veintemilla; su conversación, aun cuando defectuosa, por lo mucho que barbarizaba el castellano, la salpicaba de chistes, cuentos y mentiras, con más gracias que Manolito el sevillano.

A medida que avanzaba hácia la casa de Lorenza, meditaba.

—Trabajo va á costarle á mi amigo su casamiento! Pero.....en fin.....allá veremos!.....

Desde que llegó al zaguán, hasta que subió al tabladillo, comenzó á decir en voz alta:

—Sargento de guardia! Armas al hombro, que llega el Capitán Mendizábal!

Al oír la voz de Alejo, Lorenza y la tía se dirigieron al tabladillo.

—Bien venido, Capitán,—dijo la señora.

Lorenza, exclamó:—Hola! Cuñado; *dentra* y toma asiento.

A Mendizábal no le llamó la atención la palabra *dentra*; en vez de *entra*, pronunciada defectuosamente por Lorenza. El hablaba de la misma manera; uno y otro, ya lo hemos dicho, carecían de instrucción.

Lorenza, dirigiéndose á la señora, díjole:

—Tía, dígale á la muchacha que se apresure con el almuerzo.

La tía se retiró.

Mendizábal, al tomar asiento, exclamó:

—¿Qué es de mi suegro? Descó saludarlo.

—Papá, no está en casa; mandó recado avisando que almórzaba con el señor cura.

—Mejor; me alegro; porque tengo que hablarte de un asunto importante.

—¿Importante?.....A ver, dilo.

—Todo lo sé; todo me lo ha contado Próspero.....

—¡Ah!—y se sonrió, tiñéndosele las mejillas, color de rosa.

—Te conoció en la iglesia y al día siguiente te mandó unos versos.....

—Es verdad.

—Bien; muy bien. Te casarías gustosa con mi amigo, ¿eh?

—Ciertamente.

—Pues, oye, cuñada; Próspero está enamorado de tí. ¡Cáspita! Lo has flechado de una manera asombrosa!

—Entonces.....mira; dile que hable con mi papá y le pida mi mano.

—Que hable con tu papá! ¡Vaya! No sabes que tu papá no quiere que te cases con persona noble?

—¡Ah! ¿Próspero es noble?

—Por los cuatro costados, caramba! Por el apellido Cervantes, es pariente directo del célebre autor de la inimitable obra titulada: *Don Quijote de la Mancha*. Anda viendo!

Su abuela paterna, Isabel de Luna, era parienta, consanguínea, de Don Alvaro de Luna, Condestable de Castilla, favorito del Rey Juan II de Castilla. Anda viendo!

Luego, Tácito, el viudo, hermano de Próspero, fué casado con Esperanza Quintana, biznieta del célebre poeta español de ese nombre, laureado en vida y con estatua. Anda viendo!

Plácida, también hermana de Próspero, está casada con Alejandro Velarde, nieto del heroico capitán Velarde, muerto en Madrid, al frente del pueblo, peleando contra las fuerzas invasoras francesas: héroe á quien la gratitud nacional española le ha erigido estatua. Anda viendo!

Rómulo, otro hermano de Próspero, está casado con Teresa de Almagro, parienta del célebre conquistador español, Diego de Almagro, asesinado en Lima por su rival conquistador Francisco Pizarro. Anda viendo!

Diógenes, otro hermano de Próspero, está actualmente en Valparaíso y sábese que va á casarse con Luisa Vidaurre, nieta del célebre General Juan Vidaurre Leal, prócer de la Independencia de Chile. Anda viendo!

Por último, la señorita Pacífica Cervantes, solterona de treinta años, vive en la casa de su hermano Tácito, encargada del cuidado de sus sobrinos, cinco pequeñuelos llamados Napoleón, Washington, Bolívar, América y Argentina. Así, pues, cuñada; si Próspero solicita tu mano, mi suegro le dirá: nones!

—¡Ay! Sí! No consentirá;—dijo Lorenza, entristecida.

—Bah! No te aflijas, cuñada! Yo he tomado á mi cargo el asunto y te casarás con Próspero, te lo garantizo. Pero, para realizar mis planes, es preciso que hagas lo que yo te indique.

—Oh! manda, no más, sea lo que fuere.

—Perfectamente. El Domingo anda á pasar el día con Marcelina. Allí, á las tres de la tarde, te presentaré á mi amigo Próspero.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Arregla tu traje blanco con cintas de color celeste. El color celeste, en el emblema de los colores, expresa este sentimiento: *tu amor me hace dichosa*.

—¡Oh! todo está bien pensado. El Domingo pasará el día en casa de mi hermana.

—Lorenza! Capitán! vengan, que está el almuerzo listo,—dijo la tía desde el comedor.

El almuerzo, sencillo como de casa, no duró más de media hora. Luego, tras de unos diez minutos de reposo, el Capitán se marchó, dejando á Lorenza consolada.

Pasó la semana y llegó por fin el deseado día domingo. Por la mañana, desde las ocho, Loreza se trasladó á la casa de Marcelina.

Para Próspero, también fué el domingo, día esperado con vehemencia. Iba á verla.....á estrechar su mano.....á ser su amigo!

—¡Ah!—dijo mentalmente—bueno será que tenga listos los versos que escribí anoche para ella. En un momento oportuno se los entregaré.

Tomó el borrador, copió los versos en fino papel satinado, los puso dentro de un pequeño sobre y los guardó en el bolsillo de pecho de su levita.

En seguida se puso un sombrero de copa alta, cogió un bastón de color negro y puño de oro, cerró con llave la puerta de su habitación, y paso á paso se dirigió á la casa de Mendizábal, calculando llegar á las tres de la tarde.

La casa era pequeña; contenía sala con persianas hacía la calle, dormitorio con alcoba, comedor y cocina. La sala, pobremente amueblada, contenía, en bastante uso, seis sillas, dos mecedoras de junco, dos mesitas, en vez de consolas, sobre las cuales, ordenadamente habían varias figuras de yeso. En la pared, encima de cada mesa, había un retrato álbum: el de Marcelina, en traje

de visita y el de Mendizábal, con su uniforme de Capitán.

—Son cerca de las tres; no tarda en llegar mi amigo, dijo el Capitán, sentándose en una mecedora, frente de otra que ocupaba Marcelina y á cuyo lado, en una silla, estaba Lorenza.

En aquel momento, Próspero se presentó en la puerta; y quitándose el sombrero y haciendo con el cuerpo un movimiento de elegante actitud, dijo:

—¡Buenas tardes!

—Muy buenas;—contestaron las damas.

Mendizábal se levantó, se acercó á Próspero y le estrechó la mano. En seguida, colocó sobre una silla el sombrero y el bastón de su amigo y lo condujo hasta donde estaban su mujer y su cuñada.

—Niñas;—díjoles—tengo el gusto de presentarles á mi amigo Próspero Cervantes.

—Señora; señoritas;—dijo Próspero, después de estrecharles la mano—el momento más dichoso de mi vida es éste, en que soy honrado con la amistad de de ustedes.

—¡Oh! señor;—replicó Marcelina, hablando por ella y por su hermana—la honra es para nosotras, tratándose de una persona como usted.

—Cierto, añadió el Capitán—tú eres persona de méritos. Pero, mira siéntate en esta mecedora.

Próspero se sentó y dirigiéndose á Marcelina, díjole:

—Estoy asombrado de haber ignorado el matrimonio de usted con mi amigo Mendizábal!

—¡Ah! caballero; los pobres no hacemos ruido!

—Los pobres.....puede ser; pero ustedes no son pobres. Están jóvenes y el porvenir se les presenta lisonjero en vasto campo. Mendizábal es ya Capitán de ejército. De Capitán á Coronel efectivo, hay poca distancia; y de Coronel á General, un solo paso.

—Exacto;—dijo el Capitán—lo que acabas de decir es la pura verdad. Frecuentemente me veo en sueños con las charreteras de General!

—Y usted, señorita Lorenza, está bien de salud?

—Sí señor.

—¿Su papá y su señora tía, están bien?

—Perfectamente. ¿Y la familia de usted?

—Toda sin novedad.

—Me alegro.

—Ya lo creo—dijo; Mendizábal, sonriéndose— todo cuanto se relacione á Próspero, tiene que alegrarte.

Lorenza se puso sonrosada y bajó los ojos.

Próspero se sonrió.

—Mira, tú, Marcelina;—añadió el Capitán— acompañame al comedor para traerle una copa de cerveza á nuestro amigo.

Los esposos se levantaron y se dirigieron al comedor.

Próspero, al verse solo con Lorenza, se levantó, se acercó á ella y díjole:

—¿Le gustaron mis versos?

—Sí señor, mucho!

—Pues, entonces tome estos otros.

Y puso en manos de la joven los versos que había llevado para ella.

Lorenza los tomó y los guardó en el bolsillo de su vestido.

¿Es verdad que usted desea mi felicidad?

—¡Ay! Yo no soy digna de usted!.....

—¿No es usted digna de mí?.....

—Pues; usted es noble y persona de méritos.....

—¿Méritos?.....Nada de eso, señorita; soy pobre; vivo del producto de mi trabajo.

—Bueno; entonces, hable con mi papá.....

—Así lo haré; hablaré con su papá.

Le estrechó la mano y tornó á su puesto.

Marcelina volvió á la sala y ocupó su asiento.

El Capitán entró también, conduciendo cuatro copas de cerveza que distribuyó entre ellos.

—Vamos á tomar esta copa,—dijo el Capitán, dirigiéndose á Próspero—por que de hoy en adelante, la amistad que nos une se haga imperecedera.

—Yo, la tomo,—contestó Próspero—en felicita-

ción de mi dicha presente y porque en lo futuro, los lazos de amistad que nos unen, tengan un carácter más íntimo.

Vaciadas las copas, el Capitán las colocó sobre una de las mesitas.

Cinco minutos después Próspero se despidió y se marchó, prometiéndoles repetir muy pronto la visita.

Marcelina, preguntóle á Lorenza:

—¿Qué tal? Te dijo algo, Próspero?

—Por supuesto, me dió unos versos y me habló de casamiento.

—A ver; —¿dónde están los versos?

—Aquí,—dijo, sacándolos del bolsillo y entregándoselos á Marcelina para que los leyese.

Marcelina desdobló el papel y leyó la siguiente composición:

TU NOMBRE.

Al ver en tu frente
la huella radiante,
de gratos ensueños
de dicha y pasión;

Al ver en tus ojos
la ardiente mirada,
brotando ternuras
de tu alma al calor;

Al ver en tus labios,
de púdica diosa
de olímpica estancia,
el rojo color;

Al ver que las flores
te dan su perfume,
su encanto las gracias,
la alondra su voz;

Al ver que tu seno
bellísimo y casto,
exhalan un suspiro
que llega hasta Dios...

Mi pecho se inflama!
Te canta mi lira!
Y el labio murmura:
te llamas ¡AMOR!

Próspero Cervantes.

Al terminar la lectura. Marcelina exclamó:

—¡Bonitos versos!

—Preciosos;—añadió Lorenza.

—Ya lo creo;—dijo Mendizábal—Próspero es notable poeta. Pero, oye, cuñada, lo que más te interesa es lo del casamiento.

—Sin duda alguna.

—Desde luego ya tienes ganada la mitad de la partida.

—Y sin méritos.....

—Eso si que nó, Lorenza! Tu belleza justifica el renombre que te dan de *real hembra!*



II

Pronóstico de Rómulo.

Próspero vivía en un departamento de tres habitaciones: sala, dormitorio y alcoba, en una casa del Malecón.

La alcoba la ocupaba su sirviente, hombre de toda su confianza, escogido entre la antigua servidumbre de su familia. Llamábase Bernabé. Tenía cuarenta años de edad, fisonomía simpática, inteligencia, actividad y práctica en el servicio. Su estatura más bien alta que mediana; y sus brazos y piernas bien musculados, estaban en relación con su fuerza física.

Próspero le confiaba las llaves de sus baules y muebles. Hacía cuatro años que estaba á su servicio, y jamás notó que le faltase alguna pieza de ropa, ni papel, ni libro ú objeto de poco ó de mucho valor.

Bernabé era honrado á carta cabal.

Aquel día, habíale dado permiso para que fuese á pasear.....

Llegó Próspero á su casa, abrió la sala, puso el sombrero y el bastón sobre una mesa de centro, y se sentó en una mecedora.

¡Qué bella es!—dijo en voz alta.—¡Ah! Poco me importa su humilde condición social! Su padre no será más sacristán, porque le conseguiré un empleo de mejor clase. ¡Oh! sí, antes de quince días, Lorenza será mi esposa.

Se levantó, volvió á tomar el sombrero y el bastón, cerró y se dirigió á la casa de su hermano Tácito. Allí, él y su paje, almorzaban y merendaban diariamente.

Generalmente los domingos, desde la mitad del día hasta por la noche, los hermanos de Tácito, sus hijos y servidumbre, reuníanse en casa de éste. La comida, así en familia, semejábase á un convite. Los platos extras y el buen vino eran abundantes.

—¡Mi tío Próspero!—exclamaron varios chucucos cuando se presentó en la sala.

—Felices tardes,—dijo, quitándose el sombrero y colocándolo, juntamente con el bastón, encima del piano.

—Felices,—contestaron varias voces á un tiempo.

Además de Pacífica, Tácito y sus hijos, allí encontró Próspero á su hermana Plácida, con su esposo Alejandro Velarde y tres chiquillos, Rosa, Margarita y Jacinto.

También estaban, su hermano Rómulo con su esposa Teresa de Almagro y cuatro pequeñuelos, Colombia, Peruvia, Bolivia y Colón.

—Esa es mucha elegancia; ¿vienes de alguna visita?—preguntó Pacífica.

—Sí; el Capitán Mendizábal acaba de presentarme á su esposa y á su cuñada.....

—Su cuñada, ¿eh? Alguna real hembra!.....

—Has acertado; así la llaman por su extraordinaria belleza.

—¡Vaya—dijo Plácida.—Ya tenemos á Próspero entusiasmado con la cuñada!

—Y, ¿cómo se llama?—preguntó Teresa.

—Lorenza Pérez.

—La conozco,—dijo Rómulo;—efectivamente es una real hembra.

En aquel momento, anunciaron que la comida estaba servida, y todos se dirigieron al comedor.

Después de la sopa, sirviéronse una copa de vino; pero, antes de tomarlo, Alejandro llamó la atención de la familia, y dijo:

—Tomo esta copa, por la futura felicidad de Próspero.

Próspero contestó:—gracias, cuñado; mi casamiento con esa señorita, es cosa resuelta

Libada la primera copa, no se habló más de aquel asunto.

Terminada la comida, los chicuelos pasaron á una galería, espaciosa, que les permitía saltar y correr á todo gusto.

El resto de la familia, tornó á la sala.

Rómulo, sentándose cerca de Próspero, díjole:

—Conque es cosa resuelta tu casamiento con Lorenza Pérez?

—Resuelta y bien resuelta.

—Pues..... no haces buen casamiento, hermano! Verdad es que Lorenza es bastante bella; pero, como hija de un sacristán, es de ínfima clase social.

—¡Bah! Poco importa eso; Lorenza casada conmigo, será la señora de Próspero Cervantes.

—Haz lo que te parezca,—replicó Rómulo;—pero, te lo pronostico: en breve plazo estarás arrepentido!

—Gracias, por el pronóstico. A propósito de casamiento,—dijo, sacando un papel y dándoselo á Rómulo,—esta mañana he recibido este cablegrama.

Rómulo tomó el papel y leyó lo siguiente:

“Valparaíso, 15, Julio. Hoy contraje matrimonio con Luisa Vidaurre. Comunícalo á la familia.—*Diógenes.*”

—¡Hola!—dijeron todos.—Por fin se casó Diógenes!

—¿Qué le pronosticas á Diógenes?—preguntóle Próspero á Rómulo, sonriéndose.

Rómulo, también sonriéndose y devolviéndole el cablegrama, contestóle—

—¡Oh! El caso es distinto. Luisa Vidaurre es una señorita de la más refinada aristocracia chilena.

Próspero, en vez de replicar, sacó su reloj, vió la hora, y dijo:

—Las siete y media; me marchó.

Tomó su sombrero y su bastón, se despidió de la familia y abandonó el salón.

En el zaguán lo esperaba Bernabé.

—Patrón, ¿vamos á la casa?

—Sí; toma la llave, adelántate, abre y enciende la lámpara.

Bernabé tomó la llave y se marchó de prisa.

Próspero, á paso lento, después de diez minutos, llegó á su casa. Penetró en el dormitorio y se cambió de ropa. Después pasó á la sala, se sentó cerca de la luz y tomó un libro.

—Leyendo,—dijo,—alejaré de mi mente el pronóstico de Rómulo.

Leyó casi dos horas. Luego, patrón y criado dormían profundamente.

A mediados de la misma semana, estando Próspero en el almacén, recibió la siguiente esquelita:

“Jueves, 20, ciudad. Amigo Próspero, tengo que darte una *notisia* buena. Esta noche á las 8 espérame en tu casa para que *ablemos*, tu amigo *invariable*, Mendizábal.”

—¡Qué ortografía!—dijo, guardando la esquelita.—Noticia buena..... ¿qué será?.....

A la hora indicada, el Capitán se presentó en la casa de Próspero. Penetró en la sala, saludó á su amigo y se sentó en una mecedora.

—Amigo, estamos de plácemes!

—¿De plácemes?.....

—Pues; anoche le hablé de tí á mi suegro.

—¡Ah!.....

—Puedes hablarle, en la seguridad de que te acepta para esposo de Lorenza.

—¿Le has prevenido que no soy noble?

—Por supuesto; y que ganas trescientos pesos de sueldo.

—Está bien; gracias, amigo; el domingo visitaré á Don Jerónimo y le pediré la mano de su hija.

—¡Magnífico! Aprobado!—dijo el Capitán, levantándose y tomando su chacó.—Las cosas deben arreglarse así..... sin dilación

—¿Te marchas?

—Sí; dentro de un momento, me hago cargo de la guardia en el cuartel. ¡Adiós!

—¡Adiós, mí querido amigo!

Próspero, como se lo había indicado á Mendizábal, se presentó el día domingo en la casa de Don Jerónimo, y solicitó su consentimiento para casarse con Lorenza.

Don Jerónimo, más inteligenciado del asunto, por su hija, escuchó agradablemente la solicitud y dióle á Próspero su consentimiento.

Futuro suegro y futuro yerno se dieron un abrazo.

Dándole un tratamiento más íntimo, Don Jerónimo preguntóle:

—¿Qué plazo has fijado para la realización de la boda?

—Plazo corto; dentro de pocos días; la noche del 13 de Agosto.

—¿En la iglesia?.....

—No, aquí en su casa.

—Está bien; Lorenza!—dijo Don Jerónimo, llamando á su hija.

Lorenza se presentó.

—Acércate; te permito que le des un abrazo á tu futuro esposo.

Lorenza y Próspero se abrazaron.

En seguida, con otro abrazo á su futuro suegro, se despidió y se marchó.

Desde aquel mismo día por la noche, en su habitación, hizo con lápiz, sobre un papel, algunas anotaciones para ver la suma de dinero que debía gastar en los arreglos de su matrimonio, y completó la cantidad de 2,500 pesos.

—Muy bien,—dijo, con esto, mi piano, muebles y más objetos que poseo, quedará perfectamente arreglado mi nuevo hogar. Ahora, veamos con cuánto dinero puedo contar, de mis economías de tres años para estos arreglos.

Abrió un pequeño cajón, sacó un libretín de cuentas corrientes con el *Banco del Ecuador*, sumó el Debe y el Haber y dijo:

—Saldo á mi favor, 3,300 pesos. Rebajo 2,500 y me quedan 800 pesos, fuera de lo que me sobre de mi sueldo del presente mes.

Al día siguiente, Bernabé le consiguó una lin-

da casita, pequeña, pero cómoda para un matrimonio. Estaba situada en la calle de "Colón", entre las de "Chimborazo" y "Boyacá".

En arreglarla y dejarla como un dije, patrón y sirviente no demoraron más de quince días.

A continuación, invitó á su matrimonio á varios de sus más íntimos amigos, citándolos para la noche del día 13.

Don Jerónimo, por su parte, también invitó á varias personas de sus más íntimas relaciones.

Por fin, á las nueve de la noche del día 13, se verificó el matrimonio. La ceremonia la bendijo el Dr. Alvear, Cura del Sagrario. Los padrinos fueron Don Jerónimo y Marcelina. Los testigos, el Capitán y un oficial de su compañía de artilleros.

Los hermanos y parientes de Próspero, no presenciaron la ceremonia. Habíanle desaprobado su casamiento y rotundamente le previnieron que no concurrirían al acto.

Desde luego, la ausencia de la familia, se hizo notable. Pero, por temor de cometer una imprudencia, nadie se atrevió allí á hablar del caso.

Cerca ya de las diez y media, el Cura, la madrina, los testigos y concurrentes se despidieron, deseándoles á los recién casados una *luna de miel inacabable*.

Media hora después, Próspero y Lorenza, en un coche, se trasladaron á su nuevo hogar.

Casado Próspero con Lorenza, ¿fué feliz en su matrimonio?

Lo diremos en otro capítulo.

Ahora, sólo añadiremos, que, á diario, no se apartaba de la mente de Próspero el recuerdo del pronóstico de Rómulo.



III

La familia Cervantes.

Don Hermógenes Cervantes, padre de Prospero y sus hermanos, nació en Quito, á fines de 1810.

A la edad de diez años, quedó huérfano de padres y único heredero de una muy regular fortuna.

Su tutor, Pedro Montúfar, inmediatamente lo mandó á España para que se educase é instruyese en Madrid: cumplía una disposición testamentaria del padre de Hermógenes.

La fortuna del heredero constaba de tres lotes. Una gran casa de dos pisos, cerca del Convento del Carmen Bajo, avaluada en cuarenta mil pesos. Una hacienda de ganado vacuno y lanar, llamada "La Favorita", distante dos leguas de la ciudad y avaluada en cien mil pesos. En metálico, la suma de sesenta mil pesos, colocada en Guayaquil en dos casas de comercio, ganando el interés del uno por ciento mensual, con plazo de cinco años, renovable.

Una de estas casas de comercio, estaba encargada de remitirle á Madrid, semestralmente, el dinero suficiente para su residencia y aprendizaje.

Poco más de un año hacía que el niño estaba en Europa, cuando en Quito hicieronse más violentos los sucesos políticos, es decir, la lucha sangrienta de los patriotas por la independencia y la conservación de la dominación española por parte del General Aimerich, Presidente de la Real Audiencia.

En el año de 1822, la aurora de un dichoso

porvenir para los patriotas, ostentábase reluciente.

En los primeros días de Mayo, Aimerich supo que el General Sucre, al frente de un pequeño ejército, se dirigía á Quito para atacarlo.

—¡Oh!—decía, con bravura—¡Que venga, que llegue, que me ataque el rebelde! Lo venceré y lo fusilaré!... ¡Vaya, que sí! Ya verá quién es Callejas!

En seguida llamó á un oficial y díjole:

—Dígale al Recaudador de Rentas, que lo necesito inmediatamente.

El oficial se retiró.

Al cabo de pocos minutos, el Recaudador se presentó al General.

—¿Qué cantidad de dinero tenemos en arcas?

—No hay lo suficiente para pagarle el sueldo de este mes á Vuecelencia.

—¡Cáspita! ¿Es posible aquello?

—Como acaba de oírlo Vuecelencia.

El Presidente hizo un gesto de impaciencia, sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y se lo entregó al Recaudador, diciéndole:

—Proceda usted, hoy mismo, á la confiscación y remate de las propiedades urbanas y rústicas de estos revolucionarios.

El Recaudador tomó el papel y leyó los nombres siguientes: Pedro Montúfar, Manuel Mathieu, Juan José Guerrero, Melchor Benavides, Francisco Javier Salazar y Victor San Miguel.

—La orden de Vuecelencia será ejecutada. Dentro de tres días tendremos bastante dinero en las arcas.

El Recaudador se retiró.

El Presidente abandonó el Despacho y pasó á sus habitaciones particulares, en el mismo Palacio.

Practicadas el mismo día las diligencias de confiscación, correspondientes á las propiedades de los citados, al siguiente procedióse al remate.

¡Para la adquisición de bienes, rematados por la décima parte de su valor, sobran especuladores!

Entre las propiedades de Montúfar, rematadas, fueron comprendidas la casa y la hacienda del niño Cervantes; pues por más que alegó que aquellas propiedades no le pertenecían, no diéronle crédito á su palabra, ni á los documentos que presentó.

¡El niño Hermógenes perdió la mayor parte de su herencia!

Al tercero día, como lo había prometido el Recaudador, ingresó en las arcas la suma de cuatrocientos mil pesos.

Con aquel dinero, pagóseles sueldos atrasados á los empleados civiles; racionóse al ejército, que ya se moría de hambre, y gastóse regular suma de pesos en regocijos públicos, como demostración del triunfo que suponían obtener.

Llegó el 24 de Mayo; y el General Sucre, con su bravo ejército, sobre el *Pichincha*, batió y derrotó las tropas del Príncipe Aimerich.

¡El patriotismo de los independientes, una vez más, conquistóle corona de gloria á la diosa Libertad!

A la edad de veinticinco años, Hermógenes Cervantes, esmeradamente educado y en posesión de vasta ilustración, salió de España, visitó varias ciudades de Italia, Alemania, Francia é Inglaterra, cuyos idiomas hablaba correctamente y regresó á América.

De La Guaira, en donde desembarcó, se dirigió á Carácas, realizando sus deseos de visitar algún día la cuna y el sepulcro del LIBERTADOR, á quien cinco naciones debíanle su independencia.

De Carácas se dirigió á Bogotá y de esta ciudad á la de Quito.

Unicamente los sucesos que impresionan tormentosamente el corazón, en la niñez, son los que difícilmente se borran de la memoria. Hermógenes se acordaba de la escena del fallecimiento de su padre; pero, el recuerdo de la ciudad, parcial y totalmente, había desaparecido de su memoria.

En Quito no tenía hogar! Su casa había sido

confiscada y rematada por orden del Presidente Aimérich.

Carecía de amigos y parientes; y su tutor, Don Pedro Montúfar, hacía mucho tiempo que había fallecido.

Hospedóse en una casa—posada, situada en la calle conocida con el nombre de *mama-cuchara*, y contrató para su servicio particular un *huasica-ma*, paje indio, semi-salvaje.

Para esta infeliz gente, el dinero carece de importancia; se conforma con ganar diez ó doce reales al mes y sirve contento, con tal que no le falte su *comida*, consistente en una ración doble de arroz de cebada por la mañana y otra igual por la tarde.

Las reclamaciones hechas por algunas personas, tanto al Gobierno del General Flores, como al de Don Vicente Rocafuerte, para que se les restituyesen sus propiedades, confiscadas y rematadas por Aimerich, quedaron sin efecto; y Hermógenes juzgó inútil hacer reclamo alguno á este respecto.

Después de un mes de permanencia en Quito, se trasladó á Guayaquil, en cuya ciudad fijó su residencia.

Recibió de las casas de comercio los sesenta mil pesos que le pertenecían y compró en diez mil pesos una gran casa en el Malecón.

En seguida, por la suma de cuarenta mil pesos, compró una hacienda de ganado vacuno, inmediata á la ciudad.

A dicha hacienda le puso el nombre de "La Favorita", conmemorando la que su padre citaba en su testamento. Con los diez mil pesos restantes, se dedicó al cultivo de ella; y desde 1836, hasta 1840, la hizo prosperar, duplicándole su valor.

Al año siguiente contrajo matrimonio con la virtuosa y bella señorita Laura Escobedo, sobrina del célebre Teniente Coronel Gregorio Escobedo, perpetuado en la historia como una de las figuras más resaltantes de la inmortal jornada del 9 de Octubre de 1820.

De este matrimonio, rico y feliz, surgieron á a vida los jóvenes Cervantes, citados en capítulos anteriores.

Don Hermógenes, ya casado, colocó en la hacienda un Administrador y se dedicó en el hogar al establecimiento del orden, crecimiento de afectos y educación é instrucción de sus hijos.

Durante diez años, ningún pesar le atormentó el corazón; pero al cabo de éstos, una fiebre perniciosa, de pocos días, llevó al sepulcro á Laura, su adorada esposa, la madre de sus hijos!

Entristecido el hogar y enlutados los corazones, Don Hermógenes se marchó á la hacienda con todos sus hijos. Allí permanecieron tres meses, al cabo de los cuales regresaron á la ciudad. La educación é instrucción de los niños, así lo requería.

Transcurrieron dos décadas más, sin que pesar alguno, grande ni pequeño, turbase la alegría y felicidad del hogar.

Don Hermógenes estaba satisfecho de la esmerada educación y vasta ilustración de sus seis hijos.

Todos eran artistas: tocaban el piano y varios instrumentos musicales, con delicado gusto y bastante ejecución.

Cada uno de ellos hablaba dos ó tres idiomas.

Plácida y Pacífica, además de la música, dibujo, bordado y literatura, sabían lavar y aplanchar bien una pieza de ropa, cocinar y hacer dulces, primorosamente.

Tácito, dedicado al estudio de la Medicina, había recibido el título de Doctor y estaba incorporado en la Sociedad Médica del Guayas.

Rómulo y Diógenes estudiaban abogacía.

Próspero, no tenía vocación médica ni jurídica: sus estudios favoritos, eran la literatura y la teneduría de libros. Hacía bonitos versos y era reputado, notable poeta. Diógenes, también había publicado inspiradas composiciones poéticas.

Una mañana, en los últimos días del mes de Diciembre de 1870, en momentos en que Don Her-

mógenes y sus hijos almorzaban, el Administrador y un peón llegaron á la casa, dejaron los caballos amarrados á un estante, subieron y se presentaron en la puerta del comedor.

Don Hermógenes, al ver al Administrador que llegaba pálido y casi falto de respiración, se levantó, se le acercó y preguntóle:

—¿Qué ocurre, Felipe?

—Anoche, uña inmensa plaga de murciélagos invadió la hacienda y ha amanecido muerto todo el ganado vacuno.....

—También los caballos;— añadió el peón;— diez ó doce habrán quedado vivos!

Los hijos de Don Hermógenes se levantaron, se acercaron al Administrador y le dijeron:

—Eso no puede ser!

—Eso es imposible!

—Habrán muerto cien animales, á lo más!.....

—Lo que acabo de decir es exacto,—replicó el Administrador.

—¡Tres mil reses! ¡Cuatrocientos caballos!— exclamó Don Hermógenes; con angustiosa entonación.

—Señor: vamos á la hacienda, ahora mismo, y verá que he dicho la verdad.

—Sí; vamos. Pacífica, trae mi sombrero.

Mientras su hija fué en busca del sombrero, todos dirigiéronse á la asistencia.

Pacífica regresó inmediatamente con el sombrero y se lo dió á su padre; pero éste, en vez de cogerlo, se llevó las manos al pecho y exclamó:

—Mi ruina!.....—y cayó de espaldas al suelo.

Sus hijos y el Administrador se apresuraron á levantarlo y lo acostaron en un sofá.

—¡Se ha desmayado!—dijo Plácida.—Voy á traer agua florida para frotarle el pecho.

Aquello fué rápido. Salió y regresó con el agua florida.

Tácito se acercó á su padre, le examinó las pupilas, le tomó el pulso, púsole su mano sobre el corazón y la retiró, diciendo con ahogado acento:

—¡Está muerto!.....

—¡Muerto!—exclamaron á un tiempo sus demás hermanos, derramando copioso llanto y besando la frente y las manos de su padre.

—La impresión que le ha causado el suceso,—dijo Tácito,—ha interrumpido las funciones digestivas del estómago. ¡Fulminante apoplejía nos deja sin padre!

—¡Ay! Don Felipe tiene la culpa!—dijo Pacífica.

—¿Yo?.....—respondió el Administrador, sin poder articular más palabras.

—Nó;—replicó Tácito,—Don Felipe no es culpable; ha cumplido con su deber, comunicando sin demora lo ocurrido.

Al Administrador le salió el susto del cuerpo.

El cadáver de Don Hermógenes lo velaron en la misma asistencia, hasta el día siguiente, á las diez, en que fué conducido al cementerio con numeroso acompañamiento.

La valiosa hacienda, quedó reducida á un valor insignificante!

Por acuerdo de los herederos, seis meses después, vendieron la casa y la hacienda.

Todo produjo la suma de treinta mil pesos, que se repartieron entre los seis hermanos.

En seguida, alquilaron una casa y continuaron viviendo juntos.



IV

De 1871 á 1880.

En 1871, Tácito tomó estado: casóse con Esperanza Quintana.

Amor recíproco, acariciado por las ternuras del corazón é iluminado por las virtudes del alma, realizó aquel matrimonio.

Pero, desgraciadamente, su dicha conyugal, duróle á Tácito poco tiempo! La vida de su esposa, tesoro de su hogar, extinguióse para siempre el sétimo año de su matrimonio!

Murió Esperanza á mediados de 1879, dejando cinco pequeñuelos sin el calor maternal, necesario á los hijos aún más allá de la pubertad.

El fallecimiento de Esperanza Quintana, enlutó á la vez el hogar de sus hermanos.

Alberto estaba casado con Soledad Manrique, de noble familia. Tenían tres hijos, César, Ester y Sara.

Consolación estaba casada con Eduardo Argensola: caballero español, de las principales familias de Madrid. Tenían cuatro hijos, Julio, Elvira, Elisa y Emilia.

Luis Quintana estaba soltero.

Un año después del casamiento de Tácito, se casó Plácida; y en 1873, después de recibirse de Abogado, casóse Rómulo.

Diógenes también se recibió de Abogado en 1876, y en seguida emprendió viaje á Valparaíso, en cuya ciudad, ya lo hemos dicho, se casó con Luisa Vidaurre.

Pacífica vivió siempre en la casa de Tácito.

Próspero, en 1872, se empleó de tenedor de libros en una casa de comercio. Pero, el empleo le duró poco tiempo.

Secretamente colaboraba en un periódico de oposición, contra el Gobierno de García Moreno, y fué delatado por uno de sus mismos compañeros de redacción!

Una mañana fué reducido á prisión, por orden del Presidente de la República, y embarcado en un vapor que salía para Panamá.

Su hermano Rómulo le llevó á bordo dos maletas de equipaje y le entregó Letras de cambio por valor de tres mil quinientos pesos, oro, pagadas con el dinero que le tocó de herencia.

Llegado que hubo á Panamá, vendió las Letras y el mismo día se embarcó para Nueva York.

Allí, en la gran ciudad, por lo pronto se hospedó en un Hotel y dijo:

—Aquí, es difícil conseguir un empleo. Viviré, pues, hasta que Dios quiera con el dinero que poseo. Tengo tres mil cuatrocientos pesos en oro; puedo gastar, mensualmente, cosa de noventa pesos. Me someteré á este gasto, sin excederme. Y..... luego..... aquí tengo en mi delante, abiertos, dos grandes libros para estudiar: el de la Naturaleza y el de la Sociedad.

Del Hotel se trasladó á una casa de huéspedes, en donde por la suma de treinta y cuatro pesos al mes, dábanle cama, mesa y ropa limpia. Sus gastos extras, indispensables, eran pequeños. Unicamente el día Domingo, por la tarde, tomaba un coche para dar un paseo por la ciudad: el resto de la semana, fuese larga ó corta la jornada, la hacía á pié.

Jamás tomaba licores fuertes.

Jamás entraba á una cantina.

Jamás acudió á ninguna casa de juego.

No visitaba á ninguna familia, y sus amigos callejeros eran pocos.

La elegancia, gracia y belleza de las mujeres que veía en parques, plazas y calles, lo deleitaban; pero, sin causarle impresión amorosa.

Un día, por la mañana, en la sección de avisos de un periódico, leyó lo siguiente:

"Se necesita un profesor de idiomas. Principal. Calle de Midwood, N° 70, N. York."

—Hombre, hombre!... —dijo, hablando en voz baja consigo mismo.—No se me había ocurrido! Puedo dedicarme á la enseñanza de idiomas: inglés, francés, italiano y alemán.

Dobló el periódico, guardóselo en el bolsillo, cerró su habitación y se lanzó á la calle.

A pocos pasos, tomó un coche y se dirigió á la calle de "Midwood":

No demoró más de cinco minutos en llegar.

Cogió el llamador de la casa N° 70 y dióle un golpe á la puerta.

El portero se presentó y preguntóle:

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—¿Aquí necesitan un profesor de idiomas?

—Sí, señor;—y lo condujo á una pequeña habitación, lujosamente amueblada;— tome usted asiento; voy á llamar á la señora.

El mueblaje era de brocato, color azul claro.

Próspero se sentó en una mecedora, cerca del sofá.

No esperó mucho tiempo.

Habían transcurrido unos dos minutos, cuando se abrió una mampara y se presentó una mujer, joven aún, al parecer de unos treinta años de edad.

Por el color negro de su elegante traje y un anillo de negro esmalte que tenía en una de sus pequeñas manos, comprendíase que estaba de luto.

Era alta, hermosa, bastante bella. Su abundante cabellera rubia, peinada con sencillez. Boca pequeña, labios sonrosados; nariz graciosamente dibujada; ojos azules, muy azules, grandes y rasgados. La expresión de su mirada, melancólica y dulce.

Próspero, al verla, se levantó, se inclinó hacia ella saludándola y díjole:

—Mi presencia en la casa de usted, señora, la motiva la publicación de este aviso.

Sacó el periódico y se lo entregó á la joven. Esta, tomó el periódico y díjole, con defectuoso acento inglés:

—Tome usted asiento, caballero.

Próspero se sentó en la mecedora. La joven ocupó el sofá.

—¿Es usted profesor de idiomas?

—Sí, señora; hablo inglés, francés, alemán, italiano y mi propio idioma, el español.

Al oírle decir que hablaba italiano, díjole en correcto acento romano:

—¡Oh! Me place que hable usted mi idioma nativo.

—¿Es usted italiana?

—Sí, señor, de Roma. Y ¿de qué país de España es usted?

—No soy español, señora. Mi patria es la República del Ecuador.

—Americano del Sur. De la Patria del tirano García Moreno.

—Exactamente. Ha dicho usted bien; del tirano García Moreno!

—¡Ah! Yo tengo mucha simpatía por los países sud-americanos. El Ecuador es un bello país, digno de mejor suerte.

—¿Ha estado usted en el Ecuador?

—Nó, señor; conozco esos países por la historia de su existencia política y social.

Hasta allí, por la conversación, Próspero comprendió que aquella dama no carecía de instrucción.

—¿Qué pensión cobrará usted, mensualmente, por darme una clase diaria del idioma inglés?

—Señora; esta es la primera vez que me he propuesto dedicarme á la enseñanza. No hablemos de pensión. Me pongo á las órdenes de usted. Sírvase indicarme las horas de clase.

—¡Ah! ¿Se propone usted enseñarme gratis aquel idioma?

—Mi gratitud será grande, aceptado por usted como su profesor.

—Muy bien; no hablemos de pensión. Recibi-

ré las lecciones de usted, como las de un amigo de toda mi estimación.

Y le tendió la mano.

Próspero estrechó entre las suyas aquella mano, delicada y suave, disimulando la emoción amorosa que su contacto le hizo sentir.

—Desde mañana, vendrá usted todos los días, de nueve á diez, ¿le parece bien?

—Una hora, me parece poco, ¿por qué nó de ocho á diez?

—Sea como usted dice, de ocho á diez.

Próspero se levantó para despedirse y díjole:

—Querrá usted decirme, su gracia?

—Julia Mazarino.

—¿Mazarino?..... Acaso es usted parienta del célebre Cardenal, primer Ministro de Luis XIII, de Ana de Austria y del rey Luis XIV de Francia?

Ella, sonriéndose, contestóle:

—Creo que sí. Y usted, ¿cómo se llama?

—Próspero Cervantes.

—¿Pariente del célebre manco de Lepanto?

Próspero, á su vez, sonriéndose, contestóle:

—Creo que sí.

Despidióse y se marchó.

Al día siguiente, comenzaron las clases.

Julia Mazarino, en efecto, pertenecía á una antigua familia romana, emparentada con el célebre Cardenal, citado.

Muy joven, á la edad de veinte años, convino en casarse con un caballero millonario que, por sus sesenta años de edad, podía ser su abuelo.

Su padre, cansado de pobrezas y miserias, la llevó al sacrificio; pues, no otra cosa hizo ésta, casándose sin amor con un hombre que le triplicaba la edad.

Al segundo año de su matrimonio, falleció su esposo, dejándole un niño, endeble y enfermizo que, seis meses después, siguió á su padre al sepulcro.

Viuda, sin hijos y rica, se dedicó á viajar, realizando así la más grata de sus aspiraciones, adquirida desde el colegio.

Las relaciones de viajes de muchas mujeres célebres, la deleitaban más que la lectura de leyendas y novelas: obras de pura imaginación, más ó menos divertidas.

Cuando Próspero la conoció, Julia tenía veintiseis años de edad y hacía seis meses que residía en Nueva York.

Durante año y medio, las dos horas diarias de clase no tuvieron interrupción. Después..... el nacimiento de la preciosa Laura, las interrumpió temporalmente.

Próspero quiso que su hija tuviese el nombre de su abuela y Julia lo aceptó gustosa.

En los primeros días del mes de Setiembre de 1875, los periódicos de Nueva York anunciaron la muerte del Presidente del Ecuador, asesinado en Quito el día 6 del mes anterior.

—Por fin,—dijo Próspero—mataron al tirano de mi Patria! Ya puedo regresar á mi país. Ardo en deseos de ver á mi familia.

—¿Quién lo ha asesinado?—preguntóle Julia.

—Pues, el puñal de la salud!

Después de una ligera pausa, díjole:

—¿Quiéres acompañarme á Guayaquil? Legitimamos á nuestra Laura y nos vamos en seguida.

—Nó, Próspero, desde que enviudé, resolví no volverme á casar. También yo, tengo deseos de regresar á Roma.

—De Guayaquil podemos dirigirnos á Italia.

—¡Nó, Próspero, nó! Mi hija no tiene necesidad de legitimarse para ser feliz. Matrimonio y esclavitud, son una misma cosa!

—¡Oh! ¡Estás equivocada! La mujer esposa buena y virtuosa, jamás pierde su libertad. La confianza de su marido diviniza sus sentimientos. La moralidad de sus costumbres las estima en al to grado la sociedad.

—Oye, Próspero;—díjole con dulzura—té irá solo. Nos separaremos en santa paz. Nuestra hija será más digna de tu cariño, desde que me

piece á brillar en su inteligencia la luz del amor paternal.

Al día siguiente, Julia se marchó con su hija á Roma, y Próspero emprendió viaje al Ecuador.

Residiendo Próspero en Guayaquil, fué desde esta época que tomó el empleo de tenedor de libros en una casa de comercio; alquiló en el Malecón las tres habitaciones que ocupaba; tomó á su servicio á Bernabé; almorzaba y merendaba en casa de su hermano Tácito; y ya, en 1880, se casó con Lorenza Pérez.



Pronóstico realizado.

A la siguiente semana de su matrimonio, Lorenza consiguió de su esposo que le diese gusto, aceptando que su padre y la viejecita viviesen con ellos.

La casa era pequeña y quedaban un poco estrechos, es verdad; pero, ¿qué esposo, recién casado. en su *luna de miel*, no complace á su amada?

La anciana ocupó una parte de la alcoba y Don Jerónimo la habitación, en donde Próspero tenía su escritorio.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Deseas alguna otra cosa?

—Sí; que me quieras mucho.

Próspero, por toda respuesta, le dió un beso en la frente y tomó su sombrero.

—¿Vas á salir?..... Hoy es domingo; no tienes ocupación en el almacén.....

—Voy á casa de mi amigo el Gobernador; tiene que entregarme el nombramiento de tu papá; le he conseguido un empleo.

—¿De veras?..... ¿Cuál empleo?

—El de primer Ayudante del Jefe del Resguardo, con ciento veinte pesos de sueldo, mensualmente.

—¡Oh! ¡Qué gusto! ¡Qué contento se va á poner mi papá! Anda y regresa pronto. ¿Quieres que le anticipe la noticia?

—¿Por qué no?

Dióle un beso y se marchó.

Lorenza se dirigió á la habitación de su padre.

—Papá; le vengo á dar una buena noticia.....

—Bueno, hija; échala afuera.

—Ha dejado usted de ser sacristán.....

—¿Eh? ¡Caracoles! Esa, en vez de buena, es mala noticia! ¡Me quedo en el aire!.....

—Nó, papá; no se queda en el aire. Próspero le ha conseguido un empleo, con-ciento veinte pesos de sueldo. Acaba de ir á casa del Gobernador para que le entregue el nombramiento.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento!..... ¡Dios no desampara á sus hijos!..... Mira, Lorenza; tienes un marido excelente.

—¿Le agrada el empleo?

—Por supuesto; como que me llamo Jerónimo!

Cuando Próspero regresó y le entregó el nombramiento, lo leyó, dos ó tres veces, con marcapable regocijo.

Largo es el tiempo para el sufrimiento, como lo es corto para el contento de la vida. Próspero lo juzgó así, viendo que acababan de pasar, rápidos, los seis primeros meses de su felicidad en el hogar.

En pequeño plazo de días, de uno á otro suceso, falleció de vejez la anciana tía y de hepatitis Don Jerónimo.

Estas desgracias, más apenantes para Lorenza que para su esposo, tuvieron el consuelo del llanto y el de la resignación.

Marcelina, desde antes que falleciese su padre, visitaba á Lorenza con bastante frecuencia. Estas visitas, interrumpidas por el duelo, cosa de veinte días, volvieron á ser frecuentes, sin que la misma Marcelina se apérbiese de lo grato que le era á una persona de la casa, verla allí, de cerca, dulcificándole el corazón y halagándole los sentidos.

Esta persona era Bernabé, el sirviente de Próspero.

Pero, así como para Marcelina y Lorenza, el caso había pasado inadvertido, no sucedió lo

mismo para con Próspero. Este había sorprendido, varias veces, á Bernabé, mirando de una manera extraña á su cuñada, ya arrugando el ceño, ya sonriente, ya pálido, ya sonrosado, según las impresiones de su corazón y los vuelos del pensamiento.

Bernabé, pues, se había apasionado de la cuñada de su patrón, y dábale crecimiento en su corazón á aquel amor, irreflexivo y de futuras fatales consecuencias.

Próspero, en silencio, redobló sus observaciones, no sólo para con Bernabé, sino también para con Marcelina, tratando de sorprenderla en algo que le indicase que estaba ya en inteligencia con su paje.

Pensó que las mujeres, con más astucia que los hombres disimulaban sus impresiones y nada difícil era que Marcelina las disimulase, por interés propio, en su condición de mujer casada.

Muchas veces, estando todos reunidos en la sala, llamó á Bernabé para que sacudiese el polvo de los muebles ó bajase un cuadro y volviese á colocarlo en el mismo sitio.

Bernabé se manifestaba contento.

Marcelina, indiferente.

Al fin, Próspero se convenció de la inocencia y tranquilidad de espíritu de su cuñada, así como del vehemente amor de Bernabé, tanto inmoral como satánico.

Preciso le era, pues, cortar de raíz aquel germen de fecundantes desgracias, y dióse á meditar la manera de extinguirlo.

Desde luego, despedir á su sirviente era cosa resuelta; pero aquello no impedía que Bernabé, audaz por su pasión, dejase de intranquilizar el hogar del Capitán. Lo más conveniente era alejarlo de la ciudad, sin darle á conocer la causa.

Tomada esta resolución, habló con un amigo, dueño de una gran hacienda situada en los confines de Loja, cerca de la frontera del Perú.

Recomendóle á Bernabé, como persona competente para el cargo de mayordomo, y fué acep-

tado, con el sueldo de sesenta pesos, mensualmente.

Conseguido esto, regresó á su casa y llamó á su sirviente.

—¡Bernabé!.....—dijo en voz alta.

—Aquí estoy, patrón, á sus órdenes.

—Voy á dejar el empleo y la ciudad. El sábado salgo con mi esposa para Quito. El Gobierno me ha nombrado Redactor del periódico oficial.

—Iré con gusto á Quito, patrón.

—¡Oh! Nô; allí me eres inútil! Hasta hoy no más estás á mi servicio.

—¿Me despide, patrón?

—Sí; pero mejorándote.

—¿Mejorándome?.....

—Pues, te he conseguido un empleo, mejor que el que dejas.

—¿Cuál, patrón?

—Mayordomo de la valiosa hacienda de un amigo. Ganarás, al mes, sesenta pesos.

—¿En dónde está la hacienda?

—En la Provincia de Loja.

—Acepto, patrón; quédole agradecido.

—Mira, toma, aquí tienes esta tarjeta mía; al reverso está el nombre del dueño de la hacienda, Don Serafín Cueva. Está hospedado en el Hôtel Francés. Mañana, por la mañana, á las siete, ponte á sus órdenes.

Bernabé tomó la tarjeta, se la echó al bolsillo de su saco y se retiró. Estando en su habitación, exclamó en voz baja:

—Sí! Sí le agradezco á mi patrón este empleo; allí, en Loja, lejos, bien lejos de aquí!..... Allá, sin ver á la mujer del Capitán, se me acabará este amor, que, á vecés, me impulsa al crimen!

Pasado un momento, Próspero se dijo:

—Me he valido de una mentira para no inspirarle desconfianza. ¡Qué hacer! Se pasará mucho tiempo para que llegue á saber que no he ido á Quito á redactar ningún periódico oficial. Además, estoy satisfecho de haber salvado la honra

de mi cuñada, amenazada por la pasión satánica de mi sirviente!

Bernabé y su nuevo patrón se embarcaron en el vapor "Azua" que salió para Santa Rosa. De allí, en mulares, se dirigieron á Loja.

Próspero tomó otro paje, llamado Federico, mocetón indio, poco inteligente, pero práctico en el oficio.

Había comenzado el noveno mes de su matrimonio, cuando comenzó á realizarse para Próspero, el pronóstico de Rómulo.

Un día, á las cinco de la tarde, regresó del almacén á su casa y no encontró en ella á Lorenza.

—¿Á qué hora salió la señorita?—preguntó al paje.

—A la una de la tarde, se vistió y salió sola.

—Está bien; dile á la cocinera que sirva la comida.

—¿No se espera á la señorita?

—Nó.

El paje se retiró.

Próspero entró en el dormitorio, se cambió de ropa y pasó al comedor.

Comió solo.

Después volvió al dormitorio, se acostó en una hamaca y comenzó á meditar:

—¿Por qué no me previno que iba á salir? ¿Por qué no ha regresado á las cuatro y me ha dejado comer solo? La falta que ha cometido mi esposa, la juzgo grave! Disimulársela, es darle alas para que vuele más lejos. Le hablaré de ello, no en tono de reconvención, sí como advertencia para lo sucesivo. De paso le diré, suavemente, que no me hable en zumba de la nobleza de mi familia, como lo hizo ayer, después de haber puesto por los suelos á la noble familia Segalerba de la Barba de la Llosa. Pero..... cá! de esto no le diré nada.....

Oscureció y el criado encendió la lámpara de la sala.

Próspero puso sobre la mesa un libro, acercó una silla y se sentó á leer.

A las ocho de la noche, el Capitán, Marcelina y Lorenza se presentaron en la sala.

—Buenas noches,—dijeron á un tiempo.

—Muy buenas; pasen á sentarse.

Le dió la mano al Capitán y en seguida á Marcelina. A Lorenza, no la miró, ni le dijo una palabra.

Las dos mecedoras, una frente de la otra, fueron ocupadas por el Capitán y Próspero.

Marcelina y Lorenza, se sentaron en un sofá.

—Tengo que hacerte una consulta, amigo Próspero.

—Estoy á tus órdenes.

—Se trata de un suceso histórico.

—¿Nacional ó extranjero?

—Pues; nacional. El Coronel de la brigada sostiene que el General Veintemilla no tuvo participación en el asesinato del doctor Piedrahita; y yo sostengo lo contrario, ateniéndome á la aseveración del doctor Paul.

—¡Ah! Verdad es que el doctor Paul, enemigo político del Gobierno, culpó al General Veintemilla; pero, ni entonces ni después ha podido comprobar su dicho.

—Entonces, el Coronel está en lo cierto.

—Seguramente.—Hasta la fecha, se atribuye aquel sangriento suceso, á celos violentos de marido ó de amante burlado.

—¿Cuestión faldas?

—Exacto.

Lorenza, pensativa por la frialdad con que su esposo la había recibido, de vez en cuando lo miraba, al parecer, tranquilo, cuando hablaba con el Capitán; pero, comprendía que detrás de aquella frente serena, ardía una tempestad.

Al cabo de dos horas, el Capitán y Marcelina se despidieron.

Próspero cerró las habitaciones interiores, y díjole al criado que cerrase el zaguán y se acostase. Luego, cerró la puerta de la sala y comenzó á pasearse.

Lorenza se había cambiado de ropa y estaba sentada en un sofá.

—Lorenza; hoy no te has portado bien; me has dado un disgusto, no previniéndome que ibas á salir.

—¡Bah! Si te has disgustado es porque te ha dado la gana. Tuve deseos de pasar el día en casa de mi hermana y salí.

—Pero, te repito, sin prevenírmelo.

—Creo que soy tu esposa y no tu esclava. Ambos tenemos el mismo derecho para proceder como nos parezca.

—Estás muy equivocada, mucho, Lorenza! La armonía, la paz y el orden, en el hogar, le imponen á una buena esposa estos deberes: amor cordial, condescendencia, obediencia, fidelidad, sufrimiento, asistencia y consuelo.

—Obediencial!..... Esto es, sumisión de esclava á su señor?.....

—Sumisión de esclava, nó; sumisión de esposa, sí. En el matrimonio, el marido es el Jefe del hogar. La esposa lo ama como á esposo, lo respeta como á un padre, lo venera como á un Dios.

—Bueno, pues; no volveré á salir, sin prevenírtelo.

Se levantó, dirigióse al dormitorio, desvistióse y tomó el lecho.

Próspero también se desvistió, tomó una almohada y se acostó en una hamaca.

En tanto que Lorenza dormía, Próspero, mentalmente, se decía:

—Se ha realizado el pronóstico de Rómulo! ¡Hicé mal, muy mal, en casarme con Lorenza!

Próspero continuó tratándola con suavidad y dulzura. Lorenza, por el contrario, le hablaba con asperza.

Una tarde, á su regreso del almacén, Lorenza díjole:

—Hoy, estando asomada, pasó por el frente tu hermano Rómulo. Me miró y volvió la cara para el otro lado.

—Eso, no te extrañe; porque yo hago lo mis-

mo con mis hermanos y parientes, cuando nos encontramos.

—Mira, cada día aborrezco más á las personas de tu familia. Jamás les perdonaré el desprecio que me han hecho, indicándome que se avergüenzan de mí.

—¡Bah! No hagas caso. Perdonar ofensas es virtud recomendable.

Pocos días después de esta conversación, Lorenza dijole:

—Sabes, Próspero, una cosa?

—¡Oh! La sabré cuando me la digas.

—Hoy he comenzado á sentir, algo así, como que voy á ser madre.

—¿De veras?—exclamó Próspero, alegremente.

—Como acabas de oirlo.

Desde entonces, la existencia de entrambos en el hogar, casi recuperó su primitiva alegría.

Esta alegría duró poco tiempo. Estando ya bastante avanzado el embarazo de Lorenza, un suceso inesperado é inevitable, enlutó el hogar de Próspero.

Formidable terremoto, ocasionado por una erupción del volcán Cotopaxi, causóle al Ecuador daños considerables y pérdidas de vidas, en no escaso número.

En Guayaquil, entre las víctimas más notables, se contó á la joven Lorenza Pérez de Cervantes.

El susto que había experimentado, la obligó á tomar el lecho, durante dos días, al cabo de los cuales, arrojó muerta la criatura! Media hora después, falleció Lorenza!

Los hermanos y parientes de Próspero, inmediatamente que supieron lo ocurrido, se dirigieron á la casa mortuoria. Abrazaron á Próspero, le dijeron frases cariñosas consoladoras, lo mismo que á Marcelina, cuyo llanto era copioso, y se encargaron de las diligencias necesarias para el entierro.

Al siguiente día, colocado el cadáver en carro-

za de lujo, fué llevado al cementerio con numeroso acompañamiento.

Reconciliado Próspero con sus hermanos y parientes, vendió varios muebles y se trasladó á la casa de su hermano Tácito, en una de cuyas habitaciones quedó instalado.

En Diciembre de 1882, recibió de Italia la carta siguiente:

“Roma, Octubre 15. Próspero: Suponiéndote muy triste por el fallecimiento de tu esposa, te envío, para consolarte, un beso de tu hija. Laura es una niña preciosa. El mismo día que cumplió siete años, el rey Humberto, mi pariente, la ha agraciado, concediéndole el título de Duquesa de la Prosperidad. Adiós. Julia Mazarino.”

Besó la carta, la dobló y guardóla en su escritorio. Después, exclamó:

—No fuí feliz!..... Se realizó el pronóstico de Rómulo!



VI

¡Salvado! ¡Salvado!

Los hermanos y parientes de la familia de Próspero, cada cual en su hogar, con sus hijos vivían dichosos. No eran ricos, pero el trabajo de las profesiones que ejercían, les proporcionaba los recursos suficientes para vivir decentemente.

Sus hijos, mujeres y varones, formaban crecido número de personas de buena sociedad. Esmeradamente educados y notablemente ilustrados, eran citados como modelos de jóvenes aprovechados y ciudadanos dignos de toda estimación.

Los tres varones, hijos de Tácito, eran abogados. Jacinto Velarde y Colón Cervantes, médicos. Todos tenían reputación de literatos. Sus artículos literarios y políticos, eran leídos con agrado. Los dramas y comedias de Washington, en verso ó prosa, representados en el teatro, habían sido justamente aplaudidos.

En la sección femenina, de la familia Cervantes, no podía decirse cuál de las señoritas era menos bella. Todas eran rubias, blancas, esbeltas y donairosas.

En general, la amistad de la familia era solicitada por las personas más cultas de la sociedad.

Ni las señoritas ni los jóvenes habían tomado estado; pero, esto, no por falta de amor en sus tiernos corazones. Entre primas y primos existían proyectos de matrimonios, que deberían realizarse, no tarde, porque ya para la familia habían pasado los tiempos de sus penosas privaciones.

También para la patria, habían pasado los tiempos fatales de vergüenzas y desgracias.

Casi estaba olvidado el crimen de lesa patria, cometido por la ambición y la mala fé de personajes anatematizados y maldecidos por todas las clases sociales de la familia ecuatoriana.

La compra simulada del crucero de guerra *Esmeralda* de la marina de Chile, enarbolando en él la bandera del Ecuador, para cederlo al Japón, con la utilidad de un puñado de libras esterlinas, crimen fué vergonzoso y horrible, sin ejemplo en la historia de países civilizados!

Próspero y sus hermanos fueron de las primeras personas en Guayaquil, que protestaron, enérgicamente, en periódicos y folletos, contra aquella vergonzosa y criminal negociación: negociación que fué llamada *maravilla* por la audacia y el cinismo!

Otro suceso, desgraciado para la República, fué el gran incendio del 5 de Octubre de 1896, en Guayaquil, quedando reducidas á cenizas, en menos de treinta horas, cerca de cien manzanas de casas!

Con este incendio la familia de Próspero perdió gran parte de sus muebles! Centenares de familias, quedaron totalmente arruinadas!

Dos años después, la parte incendiada de la ciudad, casi toda, estaba reedificada.

El Gobierno, á grandes esfuerzos, impedía la interrupción de la paz de la República; y la obra del ferrocarril de Guayaquil á Quito, se trabajaba con entusiasmo.

Llegó el mes de Diciembre de 1898.

Tácito y sus hijos, estaban en la isla de Puná, tomando baños de mar. Próspero y Pacífica, con una parte de la servidumbre, quedaron al cuidado de la casa.

Una noche, cerca de las siete, en momentos en que Próspero se disponía á salir, tropezó en el zaguán con un hombre, pobremente vestido, sentado en el suelo, con las manos puestas sobre el es-

tómago y quejándose del horrible dolor que allí sentía.

Al verlo, preguntóle:

—Señor: ¿qué le duele?

—¡Oh! caballero; el estómago; dolor fuerte; creo que me muero!

—¿Es usted extranjero?

—Sí, señor.

Al momento, desde el zaguán, en voz alta, llamó á un criado:

—Ven, pronto; ayúdame á subirlo. Cargaron al enfermo, subiéronlo y Próspero lo acostó en su lecho.

En seguida le quitó los zapatos, el saco y los pantalones y lo tapó con una sábana.

El enfermo continuaba quejándose.

—Melchor;—dijole Próspero al sirviente;—anda, de prisa, á casa del doctor Pilozo, de mi parte, que venga inmediatamente.

El criado salió en busca del médico.

—¡Ay! ¡Ay!—repetía el enfermo.—El dolor me crece; estoy padeciendo horriblemente!

—Tenga un poquito de paciencia, señor; pronto vendrá el médico.

—¿Vive usted solo?

—Nó, señor; una parte de mi familia está en el campo, y una hermana, que me acompaña, ha ido hoy á pasar el día en casa de otra hermana, pero no tardará. Por lo pronto, le voy á aplicar en el estómago una pomada alcanforada, que lo aliviará.

Tomó del botiquín una cajita, se acercó al enfermo y le aplicó la pomada.

—Con ésto, cuando el médico llegue, estará usted muy aliviado.

—¡Ay! ¡Ay! Ojalá.

Por fin, después de diez minutos de ayes continuados, llegó el médico, se acercó al enfermo, le tomó el pulso, le tocó la parte adolorida y preguntóle:

—¿Qué tiempo hace que le comenzó el dolor?

—Una hora, á lo más.

—¿Antes estaba usted bien de salud?

—Sí, señor.

—¿Qué alimento tomó usted esta tarde?

—Muy poco: sopa, menudos de ave y ensalada.

—Bien, muy bien; lo que usted tiene es un fuerte cólico. Voy á recetarle una bebida que tomará por copas, cada cinco minutos. Con la última copa, dentro de una hora, estará usted curado.

Recetó, se despidió y se marchó.

La medicina fué traída al momento y el enfermo comenzó á tomarla, como lo había dispuesto el médico.

Pero se acabó la bebida y el enfermo continuó quejándose, con mayor angustia y desesperación.

—¡Ay! ¡Ay! Señor; me muero; que venga otro médico. Doy la mitad de mi fortuna á la persona que me salve la vida!

—Señor; está usted mal, efectivamente. Una junta de cuatro médicos, la juzgo necesaria.

—Sí; que venga; que me salven. ¡Ay! ¡Ay!

Pasada una hora, el Doctor Pilozo, como médico de cabecera y los afamados facultativos doctores Bremón, Ferrer, Yarsán y Ponledo, se acercaron al enfermo, lo examinaron un momento y dijéronle:

—Señor; la fiebre es terrible, ha afectado el ritmo del corazón; y la acción peristáltica, ha invadido el organismo; la medicina es inútil; su mal no tiene cura; resígnese!.....

Los médicos se despidieron.

Pacífica llegó en aquel momento, é informada del caso, le dió al enfermo una taza de agua de yerba-buena.

El enfermo tomó el agua, pero no sintió alivio.

—¡Ay! ¡Qué dolor tan terrible! No quiero morir, nó! Doy la mitad de mi fortuna. Deseo regresar á Francia. Ah! cinco médicos!..... Que vengan cien médicos!

—Oiga usted, señor; mientras el alma está

dentro del cuerpo, no hay que desesperarse. Voy á darle un medicamento que puede serle provechoso.

—Sí; pronto; de usted depende que yo viva.

Próspero tomó del botiquín un frasquito, y en una media taza de agua de violetas, echó treinta gotas del líquido que el frasquito contenía.

—Tome usted esta bebida,—díjole,—y tenga confianza en Dios.

El enfermo bebió todo el contenido de la taza; y no se pasaron cuatro minutos, cuando el medicamento le produjo vómito abundante, haciéndole arrojar los menudos de ave, que no digeridos, eran los causantes de aquel terrible cólico.

Próspero, al ver los menudos, exclamó lleno de júbilo:

—¡Salvado! ¡Salvado! Señor; ha arrojado usted los menudos de ave, causantes del cólico.

—Oh! Bien, muy bien.

En efecto, el enfermo empezó á sentirse mejor, y al cabo de un rato pudo tomar el sueño. Durmió hasta las seis de la mañana del siguiente día.

Cuando despertó, Próspero preguntóle:

—Se ha dormido bien, ¿es verdad?

—¡Oh! sí señor; muy bien. ¿Cómo se llama el medicamento que usted me ha dado?

—Esencia maravillosa.

—¡Oh! bien maravillosa. Le debo á usted la vida y la mitad de mi fortuna.

—Nó, señor; no me debe usted nada. He cumplido con un deber de humanidad y estoy contento de haberle podido ser útil á usted: eso me basta.

—Señor; deseo saber el nombre de usted.

—Próspero Cervantes, á la disposición de usted.

—Gracias, caballero. ¿Es usted casado? ¿Tiene hijos?

—Soy viudo, sin hijos. Y usted, señor, ¿cómo se llama?

—Víctor Soulié, Viajero francés.

—¿De qué lugar de Francia?

—Nací en París. No tengo padres, hermanos ni parientes.

Después de una ligera pausa, añadió:

—Me siento muy aliviado; creo que puedo levantarme, vestirme y dirigirme al hotel.

—¡Oh! nó, señor; está usted delicado. Hoy pasará el día con nosotros. Mi hermana le va á hacer preparar una comida de dieta. Mañana podrá usted salir á la calle.

—Muy bien; gracias; acepto. En verdad, estoy muy débil!

Pacífica trájole una taza de té. Tomólo con agrado y se acostó.

Por la tarde, Tácito y sus hijos que habían regresado de Puná y Rómulo y Diógenes que habían ido de visita, fueron presentados al enfermo. Este se manifestó muy contento de conocerlos.

Al despedirse Rómulo y Diógenes del extranjero, éste les dijo:

—Caballeros: dos palabras.....

—Señor, las que usted guste.

—Mañana, por la mañana, á las ocho, pienso trasladarme al hotel. Deseo que ustedes estén aquí, en el momento de despedirme.

—Señor; su deseo será realizado. Antes de las ocho estaremos aquí, á sus órdenes.

Despidiéronse y se retiraron.

En seguida, Soulié, sentado en la cama, se hizo estas reflexiones:

—Probablemente, mi salvador, no me aceptará, mañana, ningún dinero, y menos la mitad de mi fortuna, siendo, como soy, bastante rico. Diciéndole la cantidad que posco y la que le corresponde, por mi ofrecimiento, empeoro la situación: me juzgará loco. Creo así, que, ofreciéndole veinte mil Libras, le hago fácil un viaje á París, en donde acabaré de realizar mi promesa, dándole la mitad de mi fortuna.

A las nueve de la mañana del día siguiente, estaban reunidos en la sala, el señor Soulié, Próspero y sus tres hermanos.

El señor Soulié, díjoles:

—Caballeros; antes de despedirme de ustedes, sírvanse aceptar la sincera expresión de mi gratitud, muy particularmente usted, Don Próspero, á quien le debo la vida y la mitad de mi fortuna.

—Señor;—replicó Próspero,—repito á usted lo que ya le he dicho. No he hecho otra cosa que cumplir con un deber de humanidad. Tengo por axioma santo: HAZ BIEN, SIN MIRAR A QUIEN.

—Eso es, precisamente, lo que más enaltece la acción de usted. Ahora bien; así como usted ha realizado el cumplimiento de su deber, yo tengo que realizar el cumplimiento de mi promesa. Además, dándole á usted la mitad de mi fortuna, quedo rico. En París, en la casa Bancaria de mi amigo Santiago Lafitte, tengo depositadas cuarenta mil Libras. La mitad de este dinero voy á ponerla á la orden de usted.

—¡Oh! nó, señor; con la gratitud de usted, estoy recompensado.

—Ciertamente, señor;—añadieron los hermanos de Próspero.

El señor Soulié guardó silencio y después de un momento de reflexión, dijo:

—Voy á hacerle una proposición, á Don Próspero, que espero me sea aceptada.

—Hágala, señor; ojalá pueda complacerlo!

—Ya le he dicho que soy viajero. Esta es mi única distracción. Viajemos juntos, durante seis meses ó un año. Como secretario mío, tendrá usted una pensión, mensual, de quinientos pesos. Todo otro gasto corre de mi cuenta.

—¡Oh! También soy aficionado á los viajes. Acepto la propuesta de usted.

—Entonces, caballero; desde hoy siete de Diciembre, es usted mi compañero de viaje. Pasado mañana, tengo que recoger del *Banco del Ecuador*, un dinero que guardaremos en nuestras maletas. Hágame usted el favor de llamar á las señoritas y demás familia para despedirme.

Pacífico y los hijos de Tácito, detrás de una mampara, habían escuchado toda la conversa-

ción y penetraron en la sala.

El extranjero se despidió de toda la familia y se marchó.

Transcurrido un momento, Washington, dijo:

—¿Sabe usted, tío Próspero, que se me ha ocurrido una cosa?

—A ver, ¿qué cosa se te ha ocurrido?

—Que este señor extranjero, por la pobreza de su vestido, demuestra no tener las tales cuarenta mil Libras, en ninguna casa bancaria de París.

—Ciertamente, Próspero,—añadió Diógenes,—hay que tomar informes, de la clase de persona que es el señor Soulié.

—Tienes razón; hoy mismo los tomaré.

En efecto, se dirigió al Banco, habló con uno de los Gerentes y supo que el Banquero Laffitte, de París, había facultado al *Banco del Ecuador*, para que le entregase la suma de dos mil Libras, al viajero francés Víctor Soulié.

Tomados estos informes, la familia quedó tranquila.

Próspero arregló su equipaje; guardó en él un millar de Libras que le entregó su compañero de viaje, y el día 15, en el vapor "Valdivia", salieron para Panamá. Llegaron el día 19; tomaron el tren que los condujo á Colón, y de este puerto, el día 20, en el vapor "Marsella", salieron para el Havre.



VII

¡Doscientos millones!

Próspero Cervantes, pocas horas antes de emprender viaje con el señor Soulié, desocupó su escritorio de libros y papeles y los guardó en un cajón; cuya tapa la ajustó con varios clavos de alambre. Los papeles que juzgó inservibles los rompió y sus pedazos los arrojó en una canastilla, sin fijarse que dentro de ella había caído, inadvertidamente, un paquete pequeño, amarrado con una cinta angosta de color verde.

Por la tarde, Argentina entró en el cuarto de su tío, tomó la canastilla y arrojó los pedazos de papeles, dentro de otra de mayor tamaño. Al vaciarla, vió el paquete amarrado con cinta verde y lo levantó.

—¡Ah!—dijo.—Esto se le ha quedado olvidado á mi tío!

Y mirando detenidamente el paquete, leyó este letrero: *Cartas y retratos de Julia y de mi hija Laura.*

La curiosidad femenina, dícese, comunmente, que no cesa, hasta que ha quedado satisfecha; pero, esta vez, por educación y por respeto á su tío, no abrió el paquete y resolvió llamar á su hermana América para enseñarle el hallazgo.

América, al ver el paquete y leer el letrero, díjole:

--Mira; el letrero nos ha revelado el secreto de nuestro tío; nada importa que miremos los retratos.

Se sentaron en un sofá, desataron el paquete,

lo abrieron y contenía siete cartas y dos retratos.

—¡Qué bella dama!—dijo América, viendo el retrato de Julia.

—¡Qué cara tan preciosa la de Laura!—exclamó Argentina.

En el reverso del retrato de Julia, decía:

“A Próspero..... Julia Mazarino, Condesa de Bella Aurora. París, 1897.”

En el reverso del retrato de Laura, decía:

“A mi adorado papá. Su amante hija, Laura Cervantes, Duquesa de la Prosperidad. París, 1897.”

—¿Ves? Y nuestro tío, nunca le ha dicho á nadie, nada de esto.

—¿Y las cartas? Son siete y están abiertas. ¿Las leemos?

—¿Por qué nó?

Cinco cartas escritas en Roma, estaban fechadas en 1882, 1884, 1888, 1892 y 1896. De la primera ya conocemos su contenido; las otras referíanle su salida, respectivamente, para el Japón, la China, Australia y los Estados Unidos de Norte América.

Otra de la misma Julia, fechada en París, en 1897, anunciábale que había fijado allí su residencia, en la casa de su íntima amiga Juana Hugo, nieta del inolvidable sabio, señor Víctor Hugo.

La carta de Laura, fechada en París, en 1897, decía lo siguiente:

“Papá, adorado de mi alma:

“Por fin me das permiso para que te escriba! Con cuánto gusto te envió estas líneas! Siempre te he amado mucho! Mándame tu retrato. Yo te envió el mío, junto con esta carta.

“Recibe un beso de tu amante hija,

Laura Cervantes.”

América reunió las cartas y los retratos, y formó el paquete, amarrándolo con la cinta, tal como lo habían hallado.

—Oye;—díjole á Argentina,—este secreto de nuestro tío, no se lo debemos comunicar á nadie: ni á nuestros hermanos. El paquete se lo voy á

entregar á mi papá, para que lo guarde.

—Papá;—dijo, entrando en la habitación de su padre,—este paquete, se le ha quedado olvidado á mi tío Próspero.

—¿Se le ha quedado olvidado?—dijo, tomando el paquete.

—Sí; dentro de la canastilla de papeles rotos. Seguramente cayó y él no lo advirtió.

América se retiró.

Tácito, con el paquete en la mano, lo miró y leyó el letrero: *Cartas y retratos de Julia y de mi hija Laura.*

—¡Hola! Próspero tiene una hija que se llama Laura? ¡El nombre de nuestra madre! ¡Yaya! ¡Qué descubrimiento! Próspero no me ha hablado nunca de esto!

Abrió el paquete, vió los retratos y leyó las cartas.

—Pues;—dijo, —sus razones tendrá para haber callado.

Arregló el paquete, lo guardó en su escritorio y llamó á América.

—¿Qué desea, papá?

—Tú encontraste el paquete?

—Nó, papá; fué Argentina.

—¿Vieron los retratos y leyeron las cartas?

—Sí, papá!

—Mujercitas curiosas! Mira, hija; este secreto le tu tío Próspero, tú y tu hermana deben guardarlo bien dentro del pecho, ¿lo oyes? Jamás comunicarlo á nadie!

—Así me lo ha prometido Argentina.

Viendo que su padre guardó silencio, dejó el posento.

Las cartas de Julia, escritas desde Roma, anunciándole á Próspero los viajes que iba á emprender, distaban unas de otras, cuatro años: empo que, poco más ó menos, había jurado cada uno de sus viajes.

La relación de estos viajes, escrita por la misma viajera, Julia Mazarino, Condesa de Bella-

Aurora, fué publicada, en cuatro tomos, en París, casi á fines del mes de Noviembre de 1898.

Julia, cada vez que se ausentaba de Roma, dejaba á Laura recomendada, ya á la familia del Conde de Lorenzana, ya á su prima, en segundo grado, la esposa del rey Humberto.

Laura estaba bien educada y bastante instruída, como correspondía á una señorita de su clase; y tanto en el Palacio Real, como en el de Lorenzana, era lucero luminoso en cielos de esplendores.

Julia, en su último viaje á los Estados Unidos, estando en Nueva York, pasaba todos los días por la calle de "Midwood"; para mirar á su paso la casa N^o 70, en donde había nacido Laura, hija del único amor de toda su vida.

Julia había amado con toda su alma á Próspero; pero lo prefirió amante y nó esposo, por su inquebrantable propósito de viajar que la dominaba. Era bastante rica; de su marido había heredado seis millones de liras y poco le importaba gastar dos millones en sus viajes. Cuatro millones de liras, siempre constituían una regular fortuna para Laura.

Cuando supo el casamiento de su amado con Lorenza, causóle impresión; sufrió un poco; pero, hasta cierto punto, habiéndose negado ella á legitimar á su hija, como Próspero se lo propuso, no podía llamarlo ingrato, ni mal padre. Su conciencia rechazaba toda acusación contra su amado. Lo amaba; los recuerdos de sus felices días no se apartaban de su memoria y le escribió, como lo hemos visto, consolándolo en la muerte de su esposa.

Los tiempos habíanla hecho reflexiva, de una manera distintal. Ya no pensaba en la libertad perdida de la mujer casada! Si pudiera aún legitimar á su hija, sería dichosa!

En 1898, año en que publicó la relación de sus viajes, residía, como hemos dicho, en la casa de su íntima amiga Juana Hugo, de cuyas relaciones con la más encumbrada parte social de París, disfrutaban ella y su hija.

Después de veintidós días de viaje; es decir, el diez de Enero, Soulié y Próspero desembarcaron en el Havre, tomaron el tren, llegaron por la tarde á París y se hospedaron en el Hotel "Universo", N.º 126, principal, Avenida de los Campos Eliseos.

Frente del hotel, en la casa N.º 115, vivía Juana Hugo.

Próspero sabía que Julia y su hija, estaban en París; pero no recordaba la dirección.

Adivinar que vivían tan cerca de él, era cosa imposible!

—En menos de cuatro días,—dijose,—daré con ellas.

Instalados en el hotel, cenaron y durmieron perfectamente.

Grata fué la impresión que recibió Próspero; contemplando aquella gran ciudad, justamente llamada por el inmortal Víctor Hugo, *Capital de las Naciones!*

Durante diez días, por la mañana, su compañero de viaje lo paseó por toda la ciudad.

Por la tarde, á las tres, salía solo, sin más objeto que hallar la casa habitada por Julia y su hija.

El undécimo día, viendo en la vidriera de un almacén un retrato de Víctor Hugo, recordó que Julia y Laura vivían en casa de la nieta de aquel sabio; y regresó contento al hotel, dando por seguro serle fácil verlas al día siguiente.

Eran las cinco de la tarde. En el hotel encontró al señor Soulié, esperándole, vestido de etiqueta, frac negro, guantes blancos y sombrero de copa alta. Se había afeitado, dejándose sólo bigotes. De esta manera, el señor Soulié se había quitado de encima diez años y representaba su verdadera edad: cuarenta y seis años. Su estatura era regular, lo mismo que el grueso de su cuerpo. Cabellos negros, sobre una frente espaciosa. Los ojos también eran negros y llenos de expresión agradable. Piés pequeños, y manos suaves, acostumbradas sólo al trabajo de la pluma.

—Amigo Cervantes,—díjole,— vístase de etiqueta; comeremos luego en casa del Banquero Laffitte.

—¡Ah! No tengo el honor de conocer á aquel millonario!

—No importa; será usted presentado á él, por mí.

Próspero se vistió de etiqueta, y díjole:

—Estoy á las órdenes de usted.

Salieron, tomaron un coche y se dirigieron á la Plaza de Luís XIV. El coche se detuvo delante de una gran casa, N^o 290, en cuya portada había este letrero: *Banco de Santiago Laffitte*.

Soulié condujo á Próspero á una pequeña sala, la cual, por su mueblaje y un escritorio, más semejábase á la oficina de un empleado.

—Tome usted asiento; vuelvo, dentro de un momento.

Próspero se sentó en una poltrona.

Al cabo de unos pocos minutos, se presentó el señor Soulié, ostentando sobre el pecho de su frac una cruz de la Legión de Honor. Al mismo tiempo penetraron en la sala diez caballeros: cuatro vestidos de etiqueta y seis con levita.

Próspero se puso inmediatamente de pie.

—Caballeros,—dijo Soulié;—tengo el gusto de presentar á ustedes, á mi amigo Próspero Cervantes, millonario del Ecuador.

Próspero, al oír las tres últimas palabras de su amigo, creyó que se chanceaba.

Los cuatro caballeros, vestidos de etiqueta, y cada uno á su vez, estrechándole la mano, díjole:

—Rotschild, Banquero, á sus órdenes.

—Mackay, Banquero, amigo de usted.

—Vanderbilt, Banquero, para servirlo.

—Edwards, Banquero, buen amigo.

A su turno se le acercaron los seis personajes de levita.

—Juan Touquett, Juez Consular de Comercio, para servirlo.

—Pedro Loiseau, Secretario del Consulado, á sus órdenes.

—José Lefevre, Escribano Público, á su disposición.

—Tomás Gassott, Escribano Público, á sus órdenes.

—Luís Colbertt, Tenedor de Libros del Banco, á sus órdenes.

—David Bossuet, cajero del Banco, á la disposición de usted.

A cada uno, Próspero, dábale las gracias.

Terminada esta ceremonia, sorpresiva cuanto rara, por las palabras que la precedían, Próspero, con voz suave, preguntóle á su amigo:

—¿Podrá usted explicarme, señor Soulié, la parte extraña de esta presentación?

—Amigo Cervantes; aquí no hay ningún Soulié; aquel viajero se ha marchado á la China. Tiene usted en su delante á su amigo Santiago Laffitte, que espera merecer de usted un abrazo.

Aquellos dos hombres, almas grandes y generosas, en estrecho abrazo hicieron indisolubles los lazos de su amistad.

Laffitte húbale referido á sus amigos, su viaje al Ecuador, de incógnito, con el nombre de Víctor Soulié, su llegada á Guayaquil, el suceso de su enfermedad, su promesa, y su curación debida á Próspero; y todos aprobáronle la entrega de la mitad de su fortuna que iba á hacerle á su salvador.

Laffitte poseía doscientos millones de pesos en oro y por consiguiente, cien millones correspondíanle á su amigo.

Los escribanos tenían redactada la escritura de donación, firmada por los cuatro banqueros, como testigos; y estaba anotada y legalizada en el Consulado de Comercio, quedando pendientes la firma de aceptación de Próspero, para cuyo efecto Laffitte preparó y realizó la presentación.

Próspero se negó nuevamente á aceptar aquel obsequio de dinero, cuya enorme cantidad, le parecía, cuento de *Las Mil y Una Noches*; pero, fueron tantas las súplicas de su amigo y tantas las razones de los testigos para que aceptase, que al

fin consintió y firmó la escritura de donación que lo transformaba en millonario.

A poco rato, los doce personajes pasaron al comedor y cenaron confortablemente.

A las nueve de la noche, los dos amigos quedaron solos.

—Desde esta noche, queda usted instalado en esta casa. Mañana mandaremos al hotel por nuestros equipajes. Tiene usted tres habitaciones para su servicio particular y toda la casa á su disposición. La servidumbre está á sus órdenes.

—Gracias, muchas gracias, amigo mío.

Laffitte se dirigió á su dormitorio y Próspero á sus habitaciones, alfombradas y amuebladas lujosamente.

La sala primorosamente arreglada.

El dormitorio, entre otros muebles, contenía un escritorio con perchas llenas de libros.

Hécho por él este examen, se quitó el frac, el chaleco y la corbata y sentóse en una mecedora.

La reflexión le era necesaria al estado de su alma, emocionada por el suceso que acababa de realizarse.

Por momentos todo le pareció un sueño, una fábula, una invención de su propio cerebro. Pero, nó, nó era nada de esto; tenía en su poder la escritura de donación que lo hacía dueño de doscientos millones de sueres, porque los cien millones de pesos en oro, representaban en Guayaquil doble valor.

Pensando en su patria, en su numerosa familia, en Julia y su hija, exclamó:

—¡Doscientos millones! ¡Oh! ¡A cuántas personas voy á hacer dichosas!



VIII

Julia Mazarino,

CONDESA DE BELLA-AURORA.

Por costumbre, Próspero se levantaba temprano.

Dejó la cama á las siete de la mañana y se vistió. Su equipaje, hacía media hora que lo habían trasladado del hotel á su nuevo domicilio.

Tocó el timbre y se presentó un criado.

—Tráeme café, con un par de rosquillas.

—Al momento, señor.

Mientras el criado le traía el café, cogió del armario un libro, al acaso. Al leer mentalmente el título de la obra, sorprendióse, y lo repitió en voz alta:

—*Viaje al Japón, por Julia Mazarino, Condesa de Bella-Aurora.*

Vió tres tomos más, iguales por la pasta, y leyó sus títulos: *Viaje á la China, Viaje á Australia, Viaje á los Estados Unidos de Norte-América*; todos escritos por la misma autora y publicados en París, en 1898, por la Casa Editora de Rosa y Bouret.

—Ignoraba que Julia hubiese publicado la relación de sus viajes!..... No me lo ha comunicado!..... ¡Ah! tal vez su carta se ha cruzado conmigo en el camino!

El criado trajo el café y las rosquillas.

Terminado el desayuno; ocurriósele hacerle una pregunta al criado.

¿Sabes tú, por casualidad, en qué calle está situada la casa de la señora Juana Hugo?

—Sí, señor; frente al *Hotel Universo*,

—¿En donde he estado hospedado?.....

—Sí, señor.

—¡Vaya! No podía figurármelo! ¿Estás seguro de lo que decís?

—Sí, señor; hace cosa de seis meses que estuve de paje en aquella casa.

—¿Vive sola, la señora Juana?

—No, señor; la acompañan una señora italiana y su hija.

Con este dato, indudablemente el criado decía la verdad,

Despidiólo, pasó á la sala y se sentó en una mecedora á meditar:

—Veamos,—dijose,— cómo distribuiré hoy el tiempo. Antes de salir, esperaré al señor Laffitte para saludarlo. Le contaré mis amores con Julia y nacimiento de Laura. ¿Iré con él á la casa de Juana Hugo?..... No; mi entrevista con Julia, después de tantos años que no nos vemos, cuando más, debe presenciársela la señora Hugo. Iré solo. ¿A qué hora?..... La hora oportuna, me parece las dos de la tarde. ¿En qué me ocuparé, antes, hasta que se aproxime aquella hora?..... ¡Ah! ¡Ya! Escribiré mi correspondencia para Guayaquil. Por la noche, comenzaré á leer los viajes de Julia.

Presentóse el señor Laffitte y luego que se saludaron, se sentaron en las mecedoras, uno frente del otro.

—Me es necesario referirle á usted un secreto de mi vida, que, hasta á mi familia se lo he ocultado.

—Si usted lo juzga así, lo escucho, sin interrumpirlo.

—Pues, escuche usted.

Y contóle la historia de sus amores con Julia, en Nueva York; el nacimiento de su hija Laura, su educación y su título: ambas actualmente en París, en casa de Juana Hugo.

—Desde luego, usted piensa establecer nuevas relaciones con su amada?.....

—Relaciones ilícitas, nó; deseo, sí, legitimar á mi hija.

—Bien pensado; aplaudo su propósito y deseo lo realice lo más pronto posible. Tal vez su condición de hija natural, ha impedido que tome estado.

—Así lo creo; porque Laura vale un tesoro.

—¿Hoy mismo va usted á ver á Julia?

—Sí; á las dos de la tarde.

—Muy bien; ya me dará usted noticia del éxito de su entrevista.

Se despidió y se dirigió á su oficina.

Próspero se puso á escribir algunas cartas para su familia de Guayaquil.

Juana Hugo, después del desayuno, tomó un diario de la mañana, *El Indispensable*, y comenzó á leerlo. En las *Noticias*, leyó la siguiente.

“NOBLE ACCIÓN, SIN EJEMPLO.—El día de ayer, el archimillonario Santiago Laffitte, le ha hecho donación de la mitad de su fortuna al caballero ecuatoriano Próspero Cervantes, por haberle éste salvado la vida, sin conocerlo, en Guayaquil. Acciones de esta clase, se recomiendan por sí solas.”

Juana, depositaria de los secretos de su íntima amiga, al leer el nombre de Próspero se levantó y se dirigió á la habitación de Julia, llevando el periódico en la mano.

Laura estaba ausente. Temprano se había marchado á misa.

—¡Julia! ¡Julia! Próspero está en París! Mira lo que dice este periódico.

—¿Próspero en París?.....

—Sí; toma, lee!

Julia leyó la noticia y se puso pálida. Soltó el periódico y dijo:

—¡Qué suceso tan raro! ¡Qué acción tan noble la del Banquero Laffitte!

—¡Oh! Más meritoria es la acción de Próspero. Ha hecho el bien, sin saber á quién; escuchó la voz de Dios! Laffitte, cumpliendo una promesa

obligada por el deseo de vivir, realza su honradez; pero la lleva al asombro, por el valor material de la donación.

Julia, en vez de replicar, lloró un momento y exclamó:

—¡Qué sorpresa! Próspero en París! Próspero millonario! ¡Qué contenta va á estar Laura, con los abrazos y los besos paternales de Próspero!

—¿En qué hotel estará hospedado.....? ¿Le enviamos tarjetas de saludo?

—Sin duda alguna; pero, nó á ningún hotel; es probable que esté hospedado en casa de Laffitte.

—Es muy posible. A Laura le damos la noticia cuando regrese de misa?

—Por supuesto; pero, con tino. La alegraría, á veces, también es matadora! Laura ama bastante á su padre y cada día se aviva en ella el deseo de conocerlo.

En aquel momento, Laura entró en la habitación.

—Buenos días,—dijo,—acercándose y dándoles un beso en la frente.

—Anda,—díjole Julia,—cámbiate de ropa y regresa: vamos á darte una grata, pero muy grata noticia.

—¿De veras?.....

—Sí,—añadió Juana,—pero anda, no demores.

Laura salió, se cambió de ropa y regresó al momento.

—Aquí estoy, ¿cuál es la noticia?

—¡Vaya! ¿Cuál sería para tí la noticia más grata?

—Cualquiera, relacionada á mi adorado papá.

—Entonces, alégrate, porque de él vamos á hablarte.

—¿Acaso ha escrito de Guayaquil? Dice que va á venir á París? ¡Oh! ¡Qué gusto, mamá!..... pero, ¿por qué se ríen ustedes?.....! ¡Vaya! Me están engañando!.....

—Tu papá no ha escrito,—díjole Julia,—está en París y de un momento á otro lo tendremos aquí.

—¡Oh! ¿Qué alegre me estoy sintiendo el corazón! ¿Cuándo llegó?

—Lo ignoramos. Este periódico nos ha dado la noticia.

Laura tomó *El Indispensable* y leyó la noticia.

—¡Ah! Esto no es creíble; esto es fabuloso! ¿Podrá haberle dado el Banquero á mi papá, la mitad de su fortuna? Archimillonario! ¿Cuántos millones le habrá dado?.....

—Todo lo sabremos, cuando tu papá nos lo refiera.

—Laura,—díjole Juana,—trae tarjetas de tu mamá, tuya y mía para ponerles la dirección.

Laura trajo las tarjetas, las colocó dentro de un sobre, cerrólo y escribió:

“Señor Próspero Cervantes. Banco de Santiago Laffitte. Plaza de Luís XIV. París.”

Al pié de la tarjeta de Juana Hugo, decía: Campos Elíseos, No. 115.

Una hora después, por correo interior, Próspero recibió las tarjetas.

Su contento fué grande. Las guardó en su cartera y dijo:

—Aún me faltan dos párrafos en la carta para Tácito.

Tomó la pluma, terminó la carta y la puso dentro de un sobre. En cosa de dos horas había escrito siete cartas extensas, para sus seis hermanos y su cuñado Alejandro.

—Mañana,—dijo,—me ocuparé del *Banco del Ecuador* y cartas á mis sobrinos.

La carta más minuciosa fué la que escribió para Tácito. Comunicábale cuanto le había pasado, desde su salida de Guayaquil, hasta aquel momento en que acababa de recibir las tarjetas de Juana Hugo, Julia y Laura. Anunciábale que, probablemente, antes de quince días, legitimaría á su hija. Al mismo tiempo le comunicaba que por vapor del día 23, en varios cajones, lacrados y sellados, le remitía al *Banco del Ecuador*, la suma de veinte millones de sucres, como depósito á la vista y á la orden de sus hermanos Tácito, Ró-

mulo y Diógenes, á quienes separadamente dáballes instrucciones para su inversión.

Para su misma familia, para Guayaquil y para todo el Ecuador, la noticia de la transformación de Próspero en millonario, poseedor de la enorme suma de doscientos millones de sucres fué notablemente sensacional. Pero, el suceso, era cierto y muy cierto; ya por la relación que de él hacían los periódicos de París, cuanto por la primera remesa de veinte millones de sucres, hecha por Próspero al *Banco del Ecuador*.

La familia, en general, no se daba tiempo para recibir las visitas de felicitaciones que les hacían, motivadas por aquel suceso.

Las gentes del pueblo, en plazas y calles, solían decir:

—¡Qué suerte!

—¡Qué afortunado!

—Es preciso nacer de pie, para resultar dichoso.

—Acostarse á dormir pobre y despertarse rico!

—Mira;—decíale una viejecita á su nieto, mocetón de quince años,—condúctete bien; imita á Don Próspero; por haber hecho el bien, sin mirar á quién, Dios lo ha hecho rico!

Las instrucciones dadas á Tácito, eran las siguientes:

—Dispón del dinero que creas suficiente para que arregles tu hogar, lujosamente. A tu cuñada Consolación, dale cien mil sucres para el mismo objeto. A tu cuñado Alberto, otros cien mil sucres, con igual encargo. A Luís, tu cuñado soltero, cuatro mil sucres para ropa y menudencias.

A Rómulo y Diógenes, decíales:

—Dispongan del dinero que les parezca necesario para que arreglen sus hogares, lujosamente. Dénle á Plácida, doscientos mil sucres para el mismo objeto. A Pacífica, diez mil sucres para ropa y alhajas.

A las 11 de la mañana del 22 de Enero, Próspero, los cuatro Banqueros y el señor Laffitte, almorzaban en casa de éste, amenizando aquel pe-

queño banquete con proyectos de empresas, propias de millonarios acostumbrados á grandes especulaciones financieras.

A las dos de la tarde, Próspero se presentó en casa de Juana Hugo.

Al anunciarlo un criado, la primera que salió á su encuentro fué Laura.

—¡Padre mío! ¡Padre de mi alma!—y se lanzó á sus brazos.

Próspero la estrechó dulcemente contra su pecho y le dió un beso en la frente.

Á Julia también, después de abrazarse, le dió un beso en la frente.

Estrechó la mano de Juana Hugo y díjole:

—Señora: estoy muy complacido y honrado con los ofrecimientos de su amistad.

—Caballero..... ¿qué digo? amigo mío, tome usted asiento.

Próspero se sentó en un sofá. En el mismo, junto de él, cerca, muy cerca se sentó Laura: estaba contentísima de ver allí á su adorado papá.

Julia y Juana ocuparon las mecedoras.

—¿Desde cuándo estás en París?—preguntó Julia.

—Hará cosa de doce días. Desde el día siguiente de mi llegada, comencé á averiguar la residencia de ustedes y sólo ayer, de un modo casual, ví dentro de la vidriera de un almacén el retrato del señor Víctor Hugo, y recordé la dirección, comunicada por tí, en tu última carta.

—Señor;—díjole Juana,—cuéntenos usted, ¿cómo llegó á ser amigo del Banquero Laffitte?

—¡Oh! Lo conocí en Guayaquil, seguramente de una manera providencial.

Y les refirió la historia de aquel suceso, conocida de nuestros lectores.

—Papá; es verdad que la honradez del señor Laffitte es asombrosa, lo enaltece y su persona la hace digna del aprecio de todo el mundo?

—Sí, hija mía; es una acción noble, sin ejemplo en la historia de todas las naciones.

—¡Ah! Yo quiero conocer al señor Laffitte.

Quiero ser su amiga. Mira, quiero darle un abrazo de gratitud por lo que ha hecho contigo.

—Talvez mañana, hija mía, lo traeré y realizarás tu deseo.

—Piensa usted permanecer mucho tiempo en París?—preguntó Juana.

—Nó, señora; apenas el tiempo necesario para arreglar varios asuntos. Creo que dentro de veinte días emprenderé viaje de regreso á Guayaquil.

Laura, á cada momento le tomaba la mano á su padre y la besaba.

—Papá; ¿me llevarás á Guayaquil para conocer á mis primas?

—Tengo ese propósito.

—¿Lo ves, mamá? Nos vamos á América.

Julia se sonrió.

—Julia;—díjole Próspero, con dulzura,—mañana por la mañana, á las ocho, ¿quieres acompañarme á dar un paseo por el Bosque de Bolonia?

--Con el mayor gusto, no tengo inconveniente.

—Gracias; está bien; antes de las ocho estaré aquí.

Se levantó, se despidió de Julia y de Laura con besos y le estrechó la mano á Juana Hugo.

Salió y regresó á su casa.

A la hora de la comida, de sobremesa, refirióle á su amigo su visita á casa de la señora Hugo y lo comprometió para presentarlo al día siguiente.

Por la noche se ocupó de concluir su correspondencia para Guayaquil.

Le escribió á los Gerentes del *Banco del Ecuador*, anunciándoles que les remitía dos millones de Libras, y terminó sus cartas con seis esquelitas para sus sobrinos.

Antes de acostarse, se puso á leer la relación del *Viaje al Japón*, escrita por Julia. Después de una hora de lectura, cerró el libro, tomó el lecho y se durmió.

Por la mañana, casi al sonar las ocho, llegó á la casa de Juana. Saludó á ésta, besó á Laura, le tomó la mano á Julia y díjole:

—¿Estás lista? El coche nos espera.

—Sí; á tus órdenes.

Se despidieron de Juana y de Laura, salieron y tomaron el coche.

Después de un cuarto de hora, el coche se detuvo á la entrada del Bosque.

Se apearon y tomados del brazo se alejaron.

El cochero, advertido, esperó el regreso.

Cien pasos más allá, á la sombra de un frondoso árbol de azahares, tomaron asiento en un banco de fierro.

La claridad del día, ostensible con los rayos luminosos del rubicundo Febo, era hermosa.

La mañana estaba deliciosa.

Grato era el ambiente, perfumado por la fragancia de los azahares.

Hacía algunas horas que la Naturaleza se había despertado á la vida, llena de juventud y alegría.

Las avecillas no entonaban sus cánticos de amores, ausentes, en busca de su alimento.

Ninguna persona transitaba por aquel sitio.

Se oía el silencio.

—Julia; ¿quieres que te dé lecciones de inglés?...

Julia se sonrió y lo miró con dulzura.

—Julia;—repitió,—¿quieres que legitimemos á nuestra amada Laura?.....

Por toda respuesta, Julia acostó su rubia cabeza sobre el pecho de Próspero y se cubrió los ojos con su pañuelo para enjugar las lágrimas de su corazón, en aquel momento, rebosante de amor y felicidad.

—¿Me amas, Julia?

—¡Oh! sí; con toda mi alma!

El eco de un beso apasionado, retumbó en los espacios, cruzó la inmensidad y llegó al cielo!

Dentro de dos días,—díjole,—todas las diligencias necesarias para nuestro matrimonio, quedarán arregladas. Por la noche se realizará la ceremonia, en casa de Juana, sin más invitados que los padrinos y los testigos. ¿Te parece bien?

—Todo lo que dispongas, lo apruebo con gusto.

Se levantaron, tomaron el coche y regresaron á la casa.

Pusieron en conocimiento de Juana el plazo fijado para el matrimonio y quedó arreglado allí mismo, que los padrinos serían Juana y el señor Laffitte, y los testigos, los cuatro Banqueros, amigos de Próspero.

Informado el señor Laffitte, de este asunto, aceptó gustoso la elección hecha en él para padrino de la boda. También los testigos aceptaron su destinación.

El 24 por la noche, Laffitte fué presentado por Próspero á su familia y á Juana Hugo.

Terminadas las frases ceremoniosas de la presentación, Laffitte, sentado cerca de Laura, díjole.

—Señorita, está usted contenta en París?

—¡Oh! sí, señor; esta ciudad no tiene igual en el mundo. Roma, Florencia, Turín, Viena y Londres, son ciudades populosas y bellas; pero, París es un cielo!

—Cielo en donde usted, señorita, brilla como un sol!

—Gracias, por la lisonja, señor. Pero usted brilla hoy en París, de una manera más admirable.

—¿Más admirable?.....

—Sí, señor; la noble acción de usted para con mi padre, la admira todo París y yo la tengo en mi corazón, como en un altar, revestida con la esplendente túnica de la gratitud.

Laffitte, se sonrió dulcemente y guardó silencio. Después, dirigiéndose á Juana, díjole:

—Señora; fuí muy amigo de su abuelo de usted y uno de los más entusiastas admiradores de su genio.

—Motivo más, señor, para que me sea agradable la amistad de usted.

Miró á Julia y díjole:

—Señora Condesa; he tenido el gusto de leer la relación de sus viajes. Me place la oportunidad de felicitarla por sus obras. Su erudición es asombrosa.

—Gracias, caballero; para mí no tienen más mérito que el sello de la verdad.

—Laura,—díjole Próspero á su hija,—ejecuta alguna cosa en el piano. Tu mamá me ha contado que tocas con mucho gusto.

—¡Ah! Esa es bondad de mamá.

Laffitte la tomó de la mano y la condujo hasta el piano.

En vez de regresar á su asiento, se quedó de pié á su lado para escucharla, mejor dicho, para contemplar más de cerca á la joven, cuya belleza, gracia y talento lo tenían cautivado.

Laura era de estatura regular. Figura hermosa. Cintura delgada y seno prominente. Rubia la cabellera, como la de su madre. Boca pequeña, mejillas sonrosadas y manos suaves, marcablemente aristocráticas.

Tocó con bastante ejecución, gusto y sentimiento un trozo de la ópera "Hernani", tomada de un drama de Víctor Hugo.

Al regresar á su asiento, los elogios de Laffitte y de su padre, avivaron el contento de que estaba poseída.

Después que su padre y Laffitte se retiraron, Laura díjole á Julia:

—Muy simpático es el señor Láffitte; ¿es verdad, mamá?

—Sí; muy digno de toda nuestra estimación.

Al siguiente día por la noche, en casa de Juana, se realizó el matrimonio de Próspero con Julia, sin más concurrentes que los padrinos y los cuatro testigos, designados y ya citados.

Desde aquella misma noche, Próspero quedó instalado en la casa de Juana, en un elegante departamento.

Laura quedó ocupando su misma habitación.

Laffitte, la misma noche que fué presentado á Laura, no pudo tomar el sueño. La imagen de la joven ocupaba todo su cerebro, haciéndole forjarse las más bellas ilusiones de una vida llena de encantos y delicias, en un hogar, en donde la esposa se llamaba *Madama Laffitte*; y esta *Madama*

Laffitte, no era otra que Laura Cervantes, Duquesa de la Prosperidad!

Laffitte, pues, estaba completamente enamorado de Laura.

Cuando Próspero fué á visitarlo, al día siguiente, díjole:

—Deseaba verlo. Tengo que comunicarle un asunto particular mío.

—Bien, mi amigo; ¿qué es aquello?

—Deseo tomar estado. Es esta la primera vez en mi vida, que amo con el alma á una divinidad.

—Eso es muy natural, llega un día en que nos cansamos de la soltería; vemos una beldad; la amamos, se lo decimos, somos aceptados y nos casamos.

—Somos aceptados!..... Eso es lo que temo, que no me acepte por esposo!

—Y ¿quién es ella?

Laffitte, sonriéndose, contestóle:

—La señorita Laura Cervantes, Duquesa de la Prosperidad.

—¿Mi hija?..... ¿Está usted apasionado de mi hija, señor Laffitte?.....

—¡Oh! sí, sí; con todo mi corazón, con toda mi alma!

—Déme usted un abrazo, amigo mío. Casi puedo asegurarle que será usted esposo de mi hija.

En efecto, así sucedió. Próspero habló con Laura y Julia á este respecto, y la joven dijo que sí lo aceptaba por esposo, porque el señor Laffitte era la única persona que le había hecho sentir las primeras dulces impresiones del amor.

Con esta grata noticia, Laffitte habló con Laura y escuchó de sus labios la aceptación de su amor; y desde aquel momento fijó su boda para el día diez de Febrero, tiempo hasta entonces suficiente para los arreglos del caso.

Terminado el plazo, la ceremonia de la boda se celebró el citado día, por la noche, en la casa de Juana Hugo. Los padrinos fueron Próspero y Julia, y los testigos, los mismos cuatro Banqueros que presenciaron la anterior boda.

El lujo y la magnificencia eran ostensibles, cual correspondía á la posición social de los cónyuges, por la cuna, la ilustración y el dinero.

Laura Cervantes, en su nuevo hogar y fuera de él, comenzó á llamarse Madama Laffitte.

El 12 de Febrero, Próspero recibió otra grata sorpresa. Su amigo el Banquero Mackay, le obsequió su *Yacht Filadelfia*, valor de trescientas mil Libras. Desde el siguiente día se llamó *Yacht Próspero*.

Estando ya en posesión del *Yacht*, embarcó en él un millón de Libras esterlinas y quinientos volúmenes de la relación de viajes de Julia. Además, embarcó la cantidad suficiente de muebles lujosos, útiles y enseres para el embellecimiento de un palacio, con capacidad para el alojamiento, desahogado, de doscientas personas, y lo despachó para el puerto de Guayaquil, por la vía del estrecho de Magallanes.

Su salida de París, con Julia, para América, la fijó Próspero para el día veinte; y de este modo, en la noche del diez y nueve se despidieron de Juana Hugo, de los cuatro Banqueros y de Laffitte y Laura.

Laura, al despedirse de su mamá, le entregó una cajita con obsequios para sus primas, tías y parientes de Guayaquil. La cajita contenía trece anillos de finas piedras preciosas; cada uno avaluado en dos mil quinientos francos. Cada anillo llevaba un papelito con el nombre de la persona obsequiada: Plácida, Pacífica, Teresa, Luisa, América, Argentina, Colombia, Peruvia, Bolivia, Rosa, Margarita, Victoria y Gloria.

A las seis de la mañana, tomaron el tren para el Havre.

Por la tarde, el vapor "Versalles" salió para el puerto de Colón, llevando, entre los pasajeros, al millonario Próspero Cervantes y á su esposa Julia Mazarino, Condesa de Bella-Aurora.

Deseos realizables.

Capítulo ilusorio.

Los periódicos de Guayaquil, *La Nación*, *El Tiempo*, *El Grito del Pueblo* y *El Telégrafo*, reprodujeron los artículos publicados en los periódicos de París, referentes á la donación que transformaba á Próspero en millonario. Luego, á diario, por más de quince días, continuose publicando remitidos, dignos de Próspero, por su nobleza de alma, ilustración, amor patrio, virtudes cívicas y dulce afecto á la familia y á la sociedad en general.

Tácito, Rómulo y Diógenes, realizaron las instrucciones que les dió su hermano, y arreglaron sus hogares con todas las comodidades propias de personas ricas y refinado trato social.

De París, á última hora, les anunció por cable, su salida con Julia para el Havre y de este puerto para el de Colón. Por consiguiente, Próspero y su esposa, podrían llegar á Guayaquil el quince de Marzo.

En efecto, llegaron en la fecha indicada y se instalaron en un departamento de la casa de Tácito, preparado para alojarlos.

Julia estaba gozosa con las repetidas demostraciones de afecto de la familia de su esposo.

Mujer inteligente, ilustrada, educada, fina en sus maneras y dulce en su trato, se conquistó el cariño sincero de toda la familia.

Para sus cuñadas, sobrinas y más parientes,

de uno y otro sexo, tenía frases cariñosas, oportunas, impulsadoras de mayor afecto hacia su persona.

El anillo obsequiado por Laura á sus tías y á sus primas, lo recibieron llenas de contento.

Crecido fué el número de personas de todas las clases sociales, que acudió á conocer á Julia, Condesa de Bella-Aurora, y á felicitar á Próspero por su noble acción de haber hecho el bien, sin mirar á quién, y cuyo resultado lo había transformado en millonario.

El General Eloy Alfaro, á la sazón en Guayaquil, fué una de las primeras personas que visitó á Próspero y le ofreció su amistad é influencia *Ejecutiva*, como Primer Magistrado de la República.

Las más altas dignidades eclesiásticas, el Gobernador, el Comandante General, el Intendente General de Policía, el Capitán del Puerto, los Ministros de la Corte, los concejeros municipales, los Presidentes de varias Sociedades, científicas, artísticas, literarias y recreativas; los Gerentes de las instituciones bancarias, los miembros del alto comercio é industrias agrícolas, los Jefes del Cuerpo Contra-Incendios y Capitanes de Bombas; abogados, médicos, farmacéuticos, dentistas, funcionarios públicos y cuerpo consular extranjero, visitaron á Próspero y quedaron entusiasmados de la cultura de Julia, de su hermosura y su belleza, conquistadoras de respetos, consideraciones y simpatías.

Esta demostración de un deber social, no fué motivada por la adulación. Próspero, por sus méritos personales, era digno de la digna sociedad que lo había felicitado.

La primera obra que ocupó la atención de Próspero, fué la siguiente:

Un gran incendio había reducido á cenizas la manzana de casas, comprendida en las calles de "Pedro Carbo", "Caridad", "Clemente Ballén" y "Municipalidad".

En ese terreno hizo fabricar un Palacio de cin-

co pisos, con capacidad para el alojamiento, desahogado, de doscientas personas. En los salones y comedores, los días de invitación, podían caber dos mil convidados.

Patria y hogar eran los objetos de sus más íntimas afecciones. Su amor á la patria lo sentía en el corazón. Su amor á la familia lo sentía en el alma. Paz y prosperidad, deseábale á su patria. Bienestar y felicidad, anhelaba para su familia.

En la fabricación del Palacio, comenzada á principios de Abril, se ocuparon, diariamente, cinco mil trabajadores de diversas clases y el edificio quedó amueblado y terminado, con un costo de cinco millones de sucres, el treinta y uno de Julio.

El *Yacht Próspero* hacía un mes que había llegado al puerto de Guayaquil y toda su carga estaba desembarcada.

El millón de Libras esterlinas, esto es, diez millones de sucres, fué depositado en el *Banco del Ecuador*.

El 10 de Abril, después que acabó de almorzar, entró Próspero á su escritorio, tomó un libretín, en cuya pasta se leía la palabra *memorandum* y lo abrió.

En aquel momento, Julia entró en el aposento y preguntóle:

—¿En qué te ocupas, amado mío?

—Voy á ponerle un cablegrama á Laffitte.

—¡Ah! Ponle recuerdos míos y besos á mi adorada hija.

—Así lo hago, cada vez que se ofrece.

—Hasta luego;—díjole,—dándole un beso.

—Espérate, no te vayas; te diré lo que le pido á Laffitte.

—¿Qué le pides?

—Tres estatuas, para inaugurarlas el 10 de Agosto, día clásico para nuestra Patria, aniversario del primer grito de Independencia, dado en Quito en 1809.

—¿De quiénes son las estatuas?

—Del heróico Abdón Calderón; del Gran Ma-

riscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre y del erudito y sabio Juan Montalvo.

—¿No le pides la estatua de Colón?

—Nó, aquella estatua, en una plaza de Guayaquil, es innecesaria.....

—¿Por qué?

—Porque tiene ya por pedestal el corazón de los ecuatorianos!

—Julia se sonrió y se retiró.

Próspero redactó el cablegrama y le advirtió á Laffitte que las estatuas deberían estar en Guayaquil, el veinte de Julio.

Laffitte recibió el cablegrama y dos días después contestó á Próspero:

“Las tres estatuas estarán allí el día veinte de Julio. El costo de cada una es de sesenta mil sucres.”

Sus hermanos Rómulo y Diógenes, y sus sobrinos Napoleón y Washington, el día quince del mismo mes salieron de Guayaquil para Nueva York, al desempeño de la siguiente comisión, dada por Próspero, aceptada por el Jefe del Estado, y autorizada, secretamente, por el Gobierno.

Entrególes la suma de cuarenta mil sucres para gastos de viaje. Además les dió Letras del *Banco del Ecuador* á cargo del de Londres, por valor de dos millones y doscientas mil Libras, equivalentes á veintidós millones de sucres.

Con este dinero, comprarían en Nueva York á la *Compañía Constructora de Buques de Guerra*, de los señores Hamilton & Wilson, cuatro buques: tres *acorazados*, cada uno de seis millones de sucres, y una *cañonera*, valor de cuatro millones. En cada uno de los buques se instalaría uno de los comisionados, y con nueva tripulación, de capitán á grumete, emprenderían viaje para llegar al puerto de Guayaquil, á fines de Agosto.

Los comisionados, como se verá más adelante, llegaron con los cuatro buques al puerto de Guayaquil, en la fecha citada.

A la vez que se fabricaba el Palacio, Próspero le compró á la Municipalidad el antiguo edificio

llamado "Cabildo ó Casa Consistorial", en cuyos bajos estaba el *Mercado*.

Este *Mercado* vetusto y asqueroso, requería ser demolido y sustituido por otro, que correspondiese al estado progresivo de una ciudad como la de Guayaquil, justamente llamada la *Perla del Pacífico*.

A la *Casa Consistorial*, no habíale quedado otra cosa que el recuerdo histórico de la entrevista que en ella tuvieron los inmortales Bolívar y San Martín, la primera vez que estos dos grandes hombres se conocieron!

Próspero, pues, en posesión de aquel vetusto edificio, hizo construir en el mismo sitio, en cosa de tres meses, un mercado de fierro, únicamente destinado al objeto.

¡Qué comodidad, interiormente, en su compartimiento! La distribución de locales para los diversos puestos de ventas, era admirable. Local para el despacho de carnes de reses, chanchos, corderos y aves; para la venta de pescados, pan, quesos, verduras, legumbres, frutas y flores. Interior y exteriormente, en sus cuatro costados, había regular número de tiendas para surtir las de granos, huevos, manteca y variedad de víveres.

Terminado el edificio, con un costo de medio millón de sucres, se lo obsequió á la Municipalidad.

A espaldas del mercado, en la calle de "Pichincha", Próspero compró una casa, valor de sesenta mil sucres, y también se la obsequió á la Municipalidad para la instalación de sus oficinas.

El Ilustre Concejo Cantonal, en virtud de los valiosos obsequios de grande utilidad que había recibido de Don Próspero Cervantes, celebró sesión y acordó enviarle una nota de gratitud, á nombre del Concejo y del pueblo, cuyos intereses representaba; gratitud, no sólo por el crecido valor de los obsequios, sino también por el generoso y noble sentimiento que los había hecho realizables.

En otra sesión acordó el Concejo, un progra-

ma de fiesta; en honor del digno patriota y filántropo, don Próspero Cervantes:

1° Su retrato de cuerpo entero, costeado por la Municipalidad, lo pasearía la corporación por toda la ciudad, al són de dos bandas de música.

2° Este mismo retrato, sería colocado en la sala de sesiones del Concejo.

3° Por la tarde, el señor Cervantes concurriría á una comida de quinientos cubiertos, en cuyo momento la Presidencia del Concejo y tres de sus miembros, pronunciarían discursos, alusivos al objeto de la fiesta.

Informado Próspero, por un amigo, de la proyectada fiesta, se dirigió particularmente á la casa del Presidente del Concejo, con cuya persona tenía muy buena amistad.

—Amigo mío,—díjole,—saludándolo y tomando asiento,—vengo á hacerle una súplica.

—¿Súplica?..... Nó, amigo mío, cuanto me diga lo acepto como un deseo de usted, dispuesto á complacerlo. ¿De qué se trata?.....

—Estoy informado del proyectado programa de fiesta municipal, en honor mío.

—Pues; aquello es justo, merecido, bien acordado.

—¡Oh! ¡Nó! Deseo que no se me haga esa pública manifestación. Estoy contento, me basta la honrosa nota que he recibido á este respecto.

—Bien, mi amigo; la modestia de usted me es conocida. Influiré en el ánimo del Concejo para que la fiesta no se realice.

—Gracias, amigo;—y se despidió.

El Presidente del Concejo habló con sus colegas y obtuvo la nulidad de la fiesta.

El veinte de Julio, como lo había calculado Próspero, las tres estatuas llegaron á Guayaquil; y como la juventud guayaquileña, amiga del progreso y de todo cuanto dice civilización, veneradora de sus próceres y admiradora de sus pernicitos varones por la espada y por la pluma, tenía establecidos tres *Comité*, denominados *Sucre*, *Abdón Calderón* y *Juan Montalvo*, para coleccionar

dondos que permitieran la erección de sus estatuas en Guayaquil, Próspero verificó el obsequio de éstas, poniéndolas á la disposición de los *Comité*.

Aceptadas con júbilo por todos los habitantes de la ciudad, las estatuas de Calderón, Sucre y Montalvo, fueron inauguradas pomposamente el día 10 de Agosto en la Plaza de Santo Domingo, en la Plaza de la Victoria y en la Avenida Olmedo, al paso, cerca de la calle de "Chanduy", respectivamente.

En los primeros días de Agosto, la familia de Tácito, Próspero y Julia, se instalaron en el segundo piso del Palacio. La familia de Plácida, Rómulo, Diógenes, Consolación y Alberto, se acomodaron en los pisos tercero, cuarto y quinto.

El Palacio tenía cuatro fachadas; pero la principal correspondía á la calle de la "Caridad" frente á la estatua del *Libertador*, en la Plaza de Bolívar.

El primer piso, al nivel de las calles, contenía grandes establecimientos lujosos de profesiones y oficios.

El día cuatro, Próspero le remitió á Laffitte, el siguiente cablegrama:

"La deuda exterior del Ecuador, obstáculo odioso y penoso para el progreso de mi patria, asciende á la suma de dos millones y ochocientas mil Libras, esto es, veintiocho millones de sucres, en Bonos. Dichos Bonos están en Londres, en poder del millonario inglés JACK THE RYPPER. Véase usted mañana con este sujeto y cómprele al contado, los referidos Bonos, con prima de cuatrocientas mil Libras, y remítamelos por correo á la brevedad posible. Creo que aquél inglés, con este beneficio, no volverá á *destrigar mujeres* en las calles de Londres."

Laffitte cumplió perfectamente el encargo de Próspero, recibiendo éste el día veintiocho los Bonos solicitados.

En este mismo día, los cuatro buques de guerra, comprados en Nueva York por los comisio-

nados de Próspero, llegaron al puerto de Guayaquil, luciendo en la popa el pabellón del Ecuador.

Estando, pues, los cuatro buques de guerra en el puerto, y cancelados por él los Bonos de la deuda exterior, con su firma al pie de cada uno de ellos, el día primero de Setiembre se los obsequió al Gobierno, remitiéndole, por el órgano del Ministro del Iñamo, la siguiente nota:

“Señor Ministro: Nación desgraciada es aquella que carece de escuadra para la conservación de la paz, para la defensa de sus intereses locales amenazados y de sus territorios hollados por la planta extranjera, á título de fuerte; para la completa seguridad de la vida, la honra y la fortuna de ciudadanos civilizados.

Con tales motivos, á mucha honra tengo obsequiarle á mi patria cuatro buques de guerra para el servicio de la República. Dichos cuatro buques están anclados en este puerto, á la disposición del Gobierno. Tres son *acorazados*, conteniendo cada uno dos cañones de gran potencia y tripulación de treinta personas, desde Capitán á grumete. El otro es una *cañonera*, con un cañón y veinte tripulantes.

El movimiento giratorio de los cañones, puede hacerlo un solo hombre, por medio de aparatos eléctricos.

El Gobierno procederá á darles el nombre que á bien tuviere elegir.

Al mismo tiempo, remítale, cancelados, los Bonos de la deuda exterior de nuestra patria.

Libre de esta pesada carga, no dudo que su progreso corresponderá á mis aspiraciones.

Sírvase poner estos asuntos en conocimiento del ciudadano Presidente de la República.

Dios y Patria.—*Próspero Cervantes.*”

El Presidente de la República, en virtud del valioso cuanto patriótico obsequio de Próspero, dirigióle en contestación, pomposa nota, dándole las gracias á nombre del personal del Gobierno y de los ciudadanos de toda la República, en cuyos corazones, su generosa acción quedaba grabada,

para pasar de generación en generación á las póstimas edades de la vida de los ecuatorianos.

Pasados unos cuantos días, esto es, el diez de Setiembre, Próspero llamó á su sobrino Bolívar Cervantes, joven de veinticuatro años de edad, abogado, inteligente é ilustrado y díjole:

—Toma asiento, tenemos que hablar de asunto importante.

—Estoy á sus órdenes, tío.

—¿Cómo estamos de estudios de Diplomacia?

—Los he terminado, tío.

—Magnífico; me alegro; la comisión que voy á darte, requiere mucha diplomacia, digo, sagacidad para obtener el resultado que deseo.

—Le escucho, tío, con toda atención.

—¿Conoces el *Tratado de Jirón*, firmado por los Gobiernos de Colombia y del Perú, á raíz de la *Batalla de Tarqui*?

—Me lo sé de memoria.

—¿Conoces el *Tratado*, llamado, *Herrera-García*?

—Lo conozco. *Tratado* vergonzoso para nuestra patria! El Ecuador pierde con él gran parte de su territorio!

—Bien; muy bien; á este asunto corresponde la comisión que voy á darte, explicándotela con pocas palabras.

—Soy todo orejas, tío!

—Hoy, el Ecuador, está sin deuda exterior.

Tenemos cuatro buques de guerra, suficientes á darle un susto al Diablo!

Mi fortuna toda, ó una gran parte, puedo ponerla á disposición del Gobierno.

El ejército de línea, compuesto de veteranos valientes y aguerridos, asciende á veinte mil soldados.

La Guardia Nacional de toda la República, consta de cien mil hombres. La hacienda de *Tenguel*, sin ir muy lejos, contiene, ella sola, cuatro compañías de sesenta peones cada una, armadas de machetes y pistolas.

El patriotismo de los ecuatorianos, es indiscutible!

Así, pues, con estos elementos y además, tu oratoria sonora como la de Mirabeau, elocuente como la de Castelar y persuasiva como la de Gambetta, no pongo en duda conseguir éxito satisfactorio al objeto que me propongo realizar.....

—Tendré constante gusto de haber contribuido á su realización; prosiga, tío.

—Pasado mañana sales en mi *Yacht* para el Perú, en calidad de viajero millonario guayaquileño. Te hospedas en el hotel más lujoso de Lima y te haces amigo íntimo, de ilimitada confianza, del Presidente de la República. Este es un caballero de la aristocracia limeña: tiene regular instrucción, pero carácter tímido, asustadizo. Se llama Edmundo Dantés, y sus enemigos políticos, burlescamente lo titulan *Conde de Montecristo*....

Posesionado de su confianza, háblale del Ecuador; demuéstrole que nuestra fuerza terrestre y marítima, hoy es formidable; convéncelo de nuestro patriotismo, sin ejemplo, en las naciones del Universo; recuérdale nuestra bravura en un millar de batallas, desde los tiempos de Atahualpa hasta los del intrépido adalid, General Eloy Alfaro; comunícale la resolución que tenemos de recuperar los territorios que el Perú nos ha usurpado en una gran parte de Oriente.

En fin; métele miedo; asústalo!..... Creo que Dantés, por salvar su pellejo y no meter al Perú en un berengenal, procederá á devolvernos aquellos terrenos y á declarar válidos y ajustados á derecho los *Tratados de Jirón*, citados.

Por lo pronto, tomá, aquí tienes Letras del *Banco del Ecuador* á cargo del de Londres, por valor de cien mil sucres. Gástalos, diviértete, catequiza, conquista á Dantés y regresa lo más pronto posible, con seguridades de buen éxito.

Bolívar Cervantes tomó las Letras, las guardó en su cartera y díjole:

—Querido tío; cumpliré su encargo, seguramente con resultado favorable; pues pondré de mi

parte toda la ciencia diplomática que tengo metida dentro de la cabeza.

Se despidió y salió.

Dos días después, se embarcó en el *Yacht* y salió para el Callao.

Cuando llegó á Lima y se hospedó en el *Hotel de la Bola de Oro*, no llevaba otra recomendación que las Libras esterlinas de su portamonedas.

En menos de veinte días, era amigo íntimo de Dantés y se relacionó con los Ministros del Gobierno y la mayor parte de la culta sociedad limeña, de uno y otro sexo.

Su permanencia en Lima fué de veintidós días, durante los cuales dió cuatro convites, con un costo, en totalidad, de sesenta mil sures.

Refiriéndose allí al joven Bolívar Cervantes, en plazas, calles y casas, se expresaban de este modo:

—¡Qué joven tan simpático! ¡Qué elocuencia, qué voz tan sonora, qué dotes oratorias tan refinadas, qué talento tan asombroso, qué memoria, qué ilustración! Este guayaquileño es todo un completo caballero y bien rico, riquísimo! Un tío le ha regalado dos millones de sures! Mira, Nicolsa, ¿qué buen partido para nuestra hija Sofronia..... eh?

Dos días después de su último convite, se embarcó en el *Yacht* y regresó á Guayaquil.

—Y..... bien; ¿qué tal, querido sobrino? ¿Éxito ó fracaso?.....

—¡Oh, buen éxito! A los Ministros los dejo entusiasmados! Lo que es Dantés, mi íntimo amigo, queda aturdido! No le saldrá el susto del cuerpo, hasta que un Ministro Plenipotenciario que enviará á Quito, oficialmente le diga que el Gobierno del Ecuador le agradece al del Perú la devolución de los terrenos usurpados y validez de los *Tratados de Jirón*; por supuesto, sin que la dignidad nacional peruana quede denigrada.

En efecto, á los pocos días, el Ministro Diplomático del Perú, con residencia en Quito, arregló

ambos asuntos, como dejamos indicado, sin alterar las buenas y amigables relaciones de entrambos países.

El primero de Noviembre, conversando Próspero con sus hermanos, díjoles:

—Bastante me he ocupado de nuestra patria. Tiempo es ya de que me consagre á la familia.

—Sí; formaremos un programa de fiestas,—dijo Diógenes.

—Me parece acertado; fórmenlo para aprobarlo.

—Oye, Próspero,—díjole Tácito, acercándosele:—¿qué le contestarías á la persona que te dijese que todo lo que has hecho es pura *ilusión*?.....

—¡Oh! Le diría que tiene muchísima razón; pero que me queda la satisfacción de haberle manifestado á mis compatriotas DESEOS REALIZABLES.



¡A París! ¡A París!

Próspero y Julia, sentados cerca del escritorio, leían cartas y periódicos de París.

Diógenes, entrando en el aposento, con un papel en la mano, dijoles:

—Aquí está, listo, el programa de nuestras fiestas de familia:

Julia tomó el programa y leyó:

—“Para el mes de Noviembre:”

“Paseo en vapor fluvial al río Daule.”

“Celebración del cumpleaños de Pacífica, el día diez.”

“Baile suntuoso, el día veinte.”

“Viaje en el *Yacht*, á Puná, á tomar baños de mar.”

Julia terminó la lectura y Próspero dijo:

—No apruebo el programa.....

—¿Por qué?—preguntóle Diógenes.

—Porque tengo proyectado otro para el día ocho de Diciembre.

—Está bien; pero mi programa es para Noviembre.

—¡Ah! no lo apruebo porque me desagrada; sí; sino porque la realización de mi proyecto requiere actividad para prepararlo, durante estos meses.

—¿Y cuál es tu proyecto?

—Pues; los matrimonios de mis sobrinas y parientes, incluyendo el de tus hijas y cuñados, en una misma noche, esto es, el ocho de Diciembre.

—Son catorce matrimonios,—dijo Julia;—será una novedad de gran efecto.

—Apruebo tu proyecto,—exclamó Diógenes,—hagamos una lista de las parejas matrimoniales.

Julia tomó papel y lápiz, y escribió los siguientes nombres:

América Cervantes, con su primo Julio Argensola.

Argentina Cervantes, con su primo César Quintana.

Colombia Cervantes, con su primo Bolívar Cervantes.

Peruvia Cervantes, con Arturo Velarde.

Bolivia Cervantes, con Carlos Velarde.

Victoria Cervantes, con su primo Colón Cervantes.

Gloria Cervantes, con su primo Jacinto Velarde.

Rosa Velarde, con Juan Vidaurre.

Margarita Velarde, con Manuel Vidaurre.

Ester Quintana, con Adolfo Vidaurre.

Sara Quintana, con su primo Napoleón Cervantes.

Emilia Argensola, con su primo Washington Cervantes.

Elvira Argensola, con David Grant.

Elisa Argensola, con Eduardo Harrison.

Estos matrimonios habían merecido la aprobación de los padres de las novias, y esperaban realizarlos de un momento á otro.

Por la noche, Próspero, en su sala, celebró reunión de familias, y todas quedaron convenidas en la celebración de las bodas, para el día ocho de Diciembre, debiendo ser los padrinos de los novios Próspero y Julia, y los testigos, á elección de los contrayentes.

Cinco de los siete nuevos personajes que aparecen en este capítulo, residían en el Palacio.

Arturo y Carlos Velarde, jóvenes madrileños, eran hermanos de Alejandro, esposo de Plácida y fueron llamados por éste para asociarlos á los negocios que iba á establecer, con parte de los dos-

cientos mil sueres que Próspero les había obsequiado.

Juan, Manuel y Adolfo Vidaurre, eran cuñados de Diógenes y también habían sido llamados por éste, para que trabajasen en Guayaquil bajo su protección.

David Grant y Eduardo Harrison, norteamericanos, parientes de los Presidentes de los Estados Unidos, eran respectivamente, Comandante y Contador del *Yacht*; y con este motivo, sus frecuentes visitas á la familia de Próspero, dióles ocasión de amar y ser amados por Elvira y Elisa Argensola.

La noticia de estas bodas para su celebración en una misma noche, fué sensacional en toda la ciudad.

Terminados los preparativos para la fiesta matrimonial, las catorce bodas se celebraron en el Palacio, el día ocho por la noche, ante una concurrencia de más de quinientas personas invitadas, y con la magnificencia propia de un millonario como Próspero, amante de su familia, y cuyo corazón, comprobadas demostraciones tenía dadas de su grandiosa generosidad.

El costo de la fiesta no fué menos de cien mil sueres.

Además, como padrino de las bodas, Próspero le regaló á cada matrimonio, un millón de sueres.

Describir esta fiesta, por la riqueza, elegancia y gusto con que estaba adornado el Palacio; la calidad exquisita de dulces, helados y licores; reparto de valiosas medallas, conmemorativas de cada matrimonio; á la vez que el contento general, y felicidad retratada en el semblante de los cónyuges, sería tarea interminable. Imagínese la como cuento de *Las Mil y Una Noches*, y se estará en lo cierto.

Al siguiente día, los catorce matrimonios, cada uno se dirigió á distintos lugares campestres, á disfrutar quince días de grata luna de miel.

Próspero, entre tanto, se ocupó de varios

asuntos, relacionados á los sentimientos de caridad y filantropía de su generosa y bella alma.

Mejóro, con dinero, todas las Sociedades de Beneficencia del Ecuador.

Aumentó el número de escuelas laicas, en toda la República, dotándolas de rentas propias para el pago de Institutores é Institutoras.

Gran parte de los libros referentes á *Viajes* de Julia, se los obsequió á sus amigos y Bibliotecas Públicas de la República.

A su antiguo sirviente Bernabé, que aún continuaba de mayordomo en la misma hacienda, pero, casado ya con una joven lojana que lo hacía dichoso y dádole había dos hijos, también le obsequió diez mil suces.

También á su amigo y pariente el General de Brigada, Alejo Mendizábal, que residía en Quito con su esposa Marcelina Pérez, le hizo el obsequio de cien mil suces.

Mendizábal hacía diez y seis años que residía en Quito y tuvo la suerte de salir vencedor en cien combates, desde la toma de Quito, el diez de Enero, peleando contra la *Dictadura*, hasta la derrota del Coronel Antonio Vega en la ciudad de Cuenca, por el valeroso ejército del General Eloy Alfaro.

Los Gobiernos de Caamaño, Flores, Cordero y Alfaro, premiaron la bravura militar de Mendizábal, ascendéndolo, hasta concederle el grado de General de Brigada, tantas veces soñado por él, como se lo dijo á su amigo Próspero, cuando aún era Capitán de Artilleros.

De regreso á Guayaquil, los catorce matrimonios, creyeron que residirían largo tiempo en el Palacio; pero, Próspero, reunió en el salón de su departamento á toda la familia y díjole:

—Hoy, veinticuatro, he recibido cablegrama de Laffitte, anunciándome que está listo, á mi disposición, en París, en la Plaza de la Concor- dia, el Palacio que por cuenta mía, según mis órdenes, le ha comprado, en cuarenta millones de francos, á su antiguo dueño el Duque de Grevy.

Me alegro, tío;—díjole su sobrino Napoleón, porque á Sara y á mí nos llevará usted á París para que conozcamos la ciudad y el Palacio, ¿es verdad?

¡Vaya! no sólo á Sara y á tí. Toda la familia debe estar lista el día treinta y uno para emprender viaje á Europa, en el *Yacht*. Tocaremos puerto aún en Buenos Aires y continuaremos el viaje hasta el puerto del Havre: de allí, en pocas horas estaremos en París.

¡A París! ¡A París!—exclamaron casi todos á un tiempo, abrazando y besando á Próspero y á Julia, y abrazándose y besándose unos á otros, llenos de contento.

La noticia del viaje á París de toda la familia, cuandió rápida por la ciudad; y como el plazo fijado para la salida, terminaba el día treinta y uno, las visitas de despedida, el arreglo de los equipajes y la actividad del movimiento á diario en el Palacio, producía ruido estrepitoso.

La antevíspera del día del embarque, Julia mandó á fabricar para el día siguiente, cuatro coronas fúnebres de flores naturales, para colocarlas en el cementerio, sobre las tumbas de don Hermógenes Cervantes, Laura Escobedo, Esperanza Quintana y Lorenza Pérez.

Julia conocía la historia del amor y matrimonio de Próspero con la REAL HEMBRA: matrimonio que no lo hizo feliz, y realizó el pronóstico de Rómulo!

Pero, no ignorando que Lorenza careció de educación y de instrucción, la disculpó; pues sin aquellos elementos, jamás le hubiera sido posible apreciar los méritos de Próspero.

Por la mañana, colocadas las coronas dentro de un coche, y terminado el desayuno de ella, Próspero y Tácito, díjole á su esposo:

—Voy al cementerio con Tácito; ¿quieres acompañarnos?

—Sí, por cierto; has adivinado mi pensamiento.

—Pues, vamos; el coche está listo.

Tomaron el coche y se dirigieron al cementerio.

Llegado que hubieron al hogar fúnebre de los seres que tanto habían amado, colocaron las coronas en las portadas de sus tumbas y se arrodillaron delante de cada una de ellas. Poseídos de unción religiosa, elevaron al cielo, plegarias de eternas venturanzas para aquellas almas acogidas ya por Dios en su divina mansión.

La expresión dulcísima del semblante de Julia, á la vez que su humilde actitud, prosternada delante de la tumba de Lorenza, conmovió á Próspero y se sintió pequeño en presencia de aquella grande alma que lo había colmado de amor y felicidad!

Tácito, Próspero y Julia, con los ojos aún humedecidos por las lágrimas, tomaron el coche y regresaron al Palacio.

Por fin, el día treinta y uno, á las tres de la tarde, los viajeros, con numeroso acompañamiento de amigos, se trasladaron al *Yacht*.

Estos amigos, después de una hora, diéronles el último abrazo de despedida y regresaron á tierra.

Luego el *Yacht Próspero*, levó anclas y á las cinco de la tarde zarpó del puerto de Guayaquil, llevando á bordo almas buenas de impercedero recuerdo, y dejando en tierra corazones entristecidos, tiernos por el cariño y nobles por la gratitud.

El veinte de Enero llegaron á Buenos Aires, pernoctaron allí dos días, solamente, y continuaron el viaje hasta el Havre, á cuyo puerto llegaron el diez de Febrero. El mismo día tomaron el tren y por la tarde llegaron á la estación de París.

Allí los esperaban, Lassitte, Laura, Juana Hugo y los Banqueros, amigos de Próspero.

¡Con cuánta ternura abrazó y besó Laura á sus padres, tías, primas y demás parientes de la familia!

Terminadas las salutations recíprocas, de parientes y amigos, en diez carruajes lujosos de la

propiedad de Próspero, se dirigieron al Palacio de este, situado en la Plaza de la Concordia.

Instalados y acomodados, ricos, ilustrados, buenos y virtuosos, el Porvenir se encargó, días, meses y años de conservarles alegrías y bienestar.

El Palacio de Guayaquil, recomendado á un amigo para su venta ó alquiler, desapareció en el incendio ocurrido en esta ciudad, el 17 de Julio de 1902.

Próspero Cervantes, sin embargo de su residencia en París, frecuentemente le hacía oportunos beneficios á su patria, en donde lo recordaban con cariño y gratitud y no olvidaban la santa máxima: HAZ BIEN, SIN MIRAR A QUIEN, que lo colmó de riquezas y felicidad!

Fin.

HAZ BIEN, SIN MIRAR A QUIEN.

INDICE.

	<i>Páginas.</i>
I Real hembra.....	1
II Pronóstico de Rómulo.....	15
III La familia Cervantes.....	21
IV De 1871 á 1880.....	28
V Pronóstico realizado.....	35
VI ¡Salvado! ¡Salvado!.....	44
VII ¡Doscientos millones!.....	52
VIII Julia Mazarino, Condesa de Bella-Aurora.....	60
IX Deseos realizables.—Capítulo ilusorio.....	73
X ¡A París! ¡A París!.....	85



